

Hugo  
Sanz

Una  
Navidad  
para Lola

Una  
Navidad  
para Lola

Una navidad para Lola.

Hugo Sanz.

Diciembre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Epílogo**

# Capítulo 1



Miré para un lado, luego para el otro y el niño fuera de mi vista...

Ni dos segundos ¿Cómo lo hacía? Resoplé y comencé a hacer un tres sesenta antes de empezar a gritar su nombre, cuando lo vi venir sonriente de la mano de una chica.

—Es “mamá” —dijo con esa sonrisa angelical.

—No sabía yo que tenía un hijo —sonrió temblorosa.

—Hola, soy Marc. Perdona—me encogí de hombros y le di la mano.

—Hola, yo soy Lola. Lo tendré en cuenta. Lo vi corriendo solo para aquella dirección y lo frené —sonreía.

—Se me va en dos segundos, no más. Es un culillo inquieto.

—Tranquilo. Se ve realmente adorable.

—“Mamá” —volvió a repetir el niño, tirando de la mano de Lola y produciéndonos unas risas.

—Como te escuche tu madre me mata. Me vas a buscar la ruina, chiquitín.

—Tranquila —sonreí— No tiene mamá.

—Lo siento —se puso la mano en la boca—Espero no haber metido la pata. No podía imaginar...

—Tranquila, nada que sentir. Lo adopté como padre soltero. No es ni mucho menos un trauma para nosotros.

—Ole los hombres con dos cojones bien puestos como tú — dijo sin cortarse un pelo — Niño, ya me puedes llamar “mamá” — dijo bromeando mientras le tocaba la cabeza. Me causó una carcajada, encima de guapa, con desparpajo y gracia.

—No es para tanto — sonreí — ¿Tienes niños?

—No, ni novio, ni vida casi —rio.

—“Mamá” — volvió a insistir el trasto de Nico, tirando de su mano.

—Dime hijo — respondió mirándome y aguantando la risa.

Desde luego, sentido del humor no le faltaba a aquella chica. Tenía un no se qué atrayente. Vamos que era de esas personas que encandilan en dos segundos y, en un periquete, atraen tu atención por completo.

—“Tres” —dijo también poniendo los dedos.

—¿Tienes tres añitos?

—Sí — reía nervioso. Estaba en su salsa, sintiéndose el ombligo del mundo ante su improvisada “mamá”.

—Pues yo tengo veintiocho. Soy una vieja — carraspeó ante la risa de mi niño.

—Yo, Nico — reía con las manos en la boca. Desde luego que estaba hecho todo un personajete. Puro carisma y soltura.

—Pues yo Lola, como la Flores — decía haciendo reír a Nico.

¡Otra que mejor baila! Y nunca mejor dicho—pensé (por lo de su broma de Lola Flores). ¡Anda

que tampoco tenía tablas ni gracia!

—Bueno, estáis bien presentados — sonreí cruzando los brazos.

—Y ha sido un placer — me volvió a dar la mano y besó al pequeño, muy cariñosa.

— Quizás otro día nos volvamos a encontrar — se fue sonriente.

—“Mamá” — dijo Nico señalándola, mientras se iba.

Reí. Yo también la querría como su mamá, vaya mujer más bonita y simpática... No estaría nada mal que, tal como había dicho, nos volviéramos a encontrar y ver de nuevo esa preciosa sonrisa.

Cogí al pequeño y lo monté en la sillita. Ya llevaba un buen rato en el parque de arena y era hora de ir a comprar algunos regalos de Navidad.

La ciudad estaba preciosa, iluminada, con la música navideña por las calles. A Nico no se le quitaba la cara de felicidad, señalando todo.

Desde luego que no había duda de que la iluminación de nuestra ciudad en estas fechas se había convertido en el evento del año y ello tanto para los que teníamos la suerte de vivir allí, como para los miles de visitantes que llegaban para verla.

El tendido luminoso estaba encendido durante mes y medio y no hacía falta ser un niño para mirarlo con admiración. No en vano, personas de todas las edades se quedaban embobadas, observando cómo la ciudad quedaba iluminada, ¡por diez millones de luces LED!

Y no eran precisamente una ni dos calles las que estaban adornadas por estas pequeñas bombillas sino, nada más y nada menos que trescientas, por lo que era un gusto transitar por ellas.

Nico iba guapísimo, con un gorro de lana en azul y blanco, un abrigo acolchado también en blanco y sus pantalones de pana azules, con unas deportivas claras y azules. Todos lo miraban, no es pasión de padre, pero era un muñequito.

Entramos a una pastelería a comprar unos dulces de turrón, elaborados artesanalmente, por parte de una de las mejores manos de toda la ciudad en lo que a repostería se refiere.

Lo cierto es que mi hijo no sería de mi sangre, aunque lo quisiera exactamente igual que de serlo, pero coincidíamos en muchas cosas y el gusto por el dulce era una de ellas.

En mi caso, lo había heredado de mis padres y es que dicen que “de casta le viene al galgo” y en mi casa el azúcar era una auténtica perdición. Cualquiera de nosotros que apareciera con una bandeja de aquellas en la mano, le alegraba el día al resto.

Luego entramos a unos grandes almacenes a coger una bufanda para mi padre de una marca que le encantaba; para mi madre un pañuelo para el cuello de los que le gustaba. Eran regalos de Papá Noel. A Nico ya le había comprado un cochecito para montarse por la casa.

Me alucinaba implicarlo en todo lo que la Navidad significaba y a él le hacía mucha gracia ese “abuelo regordete con barba blanca”, como lo llamaba.

Por mi parte, era feliz hasta la extenuación colmándole de caprichos, siempre dentro de un orden y un consenso, para no hacer de él un pequeño consentido.

Se presentaba tarde de compras y lo mejor de todo era que la sillita del peque tenía para poner bolsas por todos lados y no iba cargando. Soy muy práctico y ese fue uno de los requisitos que pedí cuando me hice con ella.

Le compré un algodón dulce e iba de lo más emocionado, ya habíamos comido en una tappería. Es impresionante lo feliz que puede hacerse a un niño con un simple gesto como ese.

Las Navidades nunca trabajaba puesto que era profesor, de manera que desde el día 22 de diciembre me quedaba libre para disfrutar de Nico hasta después de Reyes.

Siempre había sido consciente de que aquel era un privilegio, pero desde que era padre, lo valoraba todavía muchísimo más. Tener tiempo para compartir con mi hijo, no tenía precio.

A Nico lo tuve conmigo desde que cumplió cinco meses. Era mi vida, lo echaba mucho de menos cuando lo tenía que dejar en la guardería para ir a trabajar. A pesar de que ocupaba todo mi tiempo, me hacía muy feliz.

Vivíamos en un bloque con dos pisos en el centro de Vigo, totalmente reformado tanto el interior



como el exterior del mismo. A mí, aquel edificio me fascinó desde siempre y vivir en él era motivo de alegría.

En el primer piso había una casa donde vivían mis padres y en el segundo piso estaba la mía, Contaba con ascensor, así que eso me ayudaba con la sillita del niño.

El bloque era de una casa antigua que compraron mis padres con lo percibido por una herencia e hicieron dos grandes pisos: uno para ellos y otro para mí, cosa que me dejó aliviado de por vida y sin hipoteca, además de estar en el mejor de los sitios.

De nuevo, sin duda, un motivo para sentirme privilegiado, pues no tener que pagar una casa es algo por lo que muchos españoles darían lo que tienen.

Llegamos y paramos en casa de mis padres. Se desvivían con Nico, era la alegría de su hogar, además no querían ni que fuera a la guardería. Deseaban encargarse ellos. Lo hicieron los dos primeros años, pero luego vi oportuno que tenía que relacionarse con otros niños.

La de mis padres es una de esas casas que invita a quedarse y no solo porque sus dueños, es decir, ellos, son personas con un carácter afable y hospitalario, sino porque habían sabido transmitir esas características al que antaño fue también mi hogar y seguiría siéndolo de por vida.

El salón se componía de varios sofás y butacones que sugerían siesta y tertulia, así como partidas de cartas o parchís. Siempre habíamos sido muy aficionados a compartir ratos familiares.

Una decoración nada recargada, pero cien por cien confortable, extremadamente personalizada con docenas de fotos familiares, repartidas por toda la estancia, ponían la nota familiar.

En cuanto a la cocina, era otro de los puntos de encuentro inestimables de nuestro hogar. Compartir con mis padres una taza de café en ella, mientras conversábamos y nos hacíamos confianzas era tónica habitual en nuestras vidas.

Asimismo, contaba con una maravillosa terraza para disfrutar en el verano y por la que Nico corría a placer tan pronto el termómetro anunciaba que las bajas temperaturas quedaban atrás.

Mis padres estaban jubilados. Me tuvieron cuando tenían treinta años, ahora yo tenía treinta y cinco y ellos estaban jóvenes, llenos de vitalidad. Ambos llevaban toda la vida haciendo deporte

y habían sido profesores también.

Yo me llamaba Marc por mi padre y mi madre se llamaba Sofia. Siempre me sentí orgulloso de llevar el nombre del hombre que me servía de referente en la vida.

En cuanto a mi madre, no podía imaginar la vida sin ella. Era una de esas personas que rezuman dulzura y comprensión y que parecía “tener un viejo en la barriga”, porque con solo mirarme ya sabía cuándo me pasaba algo.

No éramos demasiado, pero desde luego sí una “piña”. Si algo tenía claro es que, de haber podido escoger familia, me habría quedado con la mía.

El pequeño ya estaba en su salsa en casa de los abuelos, juguetes para arriba y juguetes para abajo. Mis padres perdían el norte con él y la llegada de aquel pequeño revoltoso había supuesto un soplo de aire fresco para sus vidas.

Mi madre puso un café y saqué los dulces. Me senté en un lado del sofá, estaba rendido, llevaba desde la diez de la mañana con el niño en la calle y eran las seis de la tarde.

—Mañana va a ir temprano papá a recoger el marisco que encargó para la cena — se refería a la de Nochebuena.

—Si quieres te acompaño — lo miré— Sabía que aceptaría gustoso porque de siempre había disfrutado mucho con mi compañía. Y yo con la suya, ni que decir tiene.

—Claro hijo y que Nico se quede aquí con mamá. Ya sabes que a ella le vas a dar “en el canto del gusto”. Compartir horas con su nieto le “llena más que a un tonto un globo” —rio.

—Perfecto, de todas formas, me lo quedo yo desde ahora. Lo ducho, le pongo el pijama y que se quede jugando. Por la mañana os vais temprano y así no lo despertáis para moverlo—dijo ella, sin dudarle un segundo.

—Estabas loca por quedártelo — reí — Claro, además te lo iba a dejar aquí, quedé con Alex para cenar esta noche y tomar algo, hace mucho que no lo hacemos.

—Perfecto, pues no hay nada más que hablar. Tienes derecho a divertirte. Estás hecho todo un

padrazo, pero tampoco debes descuidar tu faceta como hombre. Eres muy joven y la vida social es muy importante, hijo.

Y así fue, se quedó con los abuelos diciéndome adiós tan feliz, los tenía como prioridad, sabía que iba a hacer lo que quisiera con ellos. No podían negarle nada y él se aprovechaba.

De todas formas, yo estaba muy tranquilo en ese sentido. Eran unos abuelos extremadamente cariñosos y lo mimaban hasta la extenuación, pero dado que habían sido maestros tampoco le dejaban “sacar los pies del tiesto” en demasía.

Me fui a casa a prepararme. En dos horas me vería con Alex en la marisquería de una calle cercana. La noche me esperaba y me apetecía mucho ver a mi querido amigo. La diversión estaba asegurada.

## Capítulo 2



Miré a Alex que estaba en la puerta fumando un cigarro, en una mesa exterior con una estufa de las que ponen en las terrazas de los bares.

—Tienes una hostia — le di un abrazo.

—Bueno, ya sabes, un cigarrito para el pecho por lo bien que lo he hecho y que hay que morir de algo.

—Bueno, si nos ponemos así, podemos dar muchos ejemplos absurdos —negué con la cabeza.

—Tienes razón, por cierto, ¿Qué tal el día con Nico?

—Bueno, salir con él es una odisea. Todo el mundo lo para para tocarlo o decirle que es muy bonito. Hoy iba vestido precioso, parecía un muñequito de nieve.

—Es muy guapo y simpático, ese traerá las novias de dos en dos.

—Bueno, lo perdí de vista en el parque y no veas la que me lio. Venía de la mano de una chica y llamándole "mamá" — volteé los ojos y di un trago a la copa de vino.

—Te está facilitando el trabajo, quiere verte con una mujer. Es listo, siempre te lo dije.

—Bueno, tuvo buen ojo, la verdad que la chica era preciosa, por cierto, se llamaba Lola, hasta el nombre lo tenía con mucha personalidad — reí.

—No le pediste el teléfono ¿verdad?

—Alex, no voy pidiendo el teléfono a todas las que se paran con Nico.

—Pero no todas son como ella...

—Bueno, rastrearé por Facebook a ver si la encuentro — bromeé.

—Seguro que tienes suerte —dijo con ironía.

Pedimos una mariscada. Nos pusimos las botas, la verdad es que hacía mucho que no nos veíamos y teníamos que ponernos al día.

Alex trabajaba en el Ayuntamiento de Vigo en el área de administración. Tenía su plaza fija obtenida a través de unas oposiciones.

Éramos amigos de toda la vida. Estudiamos juntos desde pequeños hasta que llegamos al instituto. Era como ese hermano que no tuve nunca. Además, mi familia lo tenía como uno más y la suya a mí.

Terminamos la cena y nos fuimos a un pub muy animado de la zona, la verdad que vivíamos en todo el centro, él dos calles después de la mía.

El pub tenía tanto ambiente navideño como las calles, era impresionante la de personas que había por metro cuadrado.

Nos pusimos en la barra y pedimos dos copas.

—¿¿¿Dónde está mi hijo???

Miré hacía arriba y me eché a reír. No me lo podía creer.

—Lo he regalado —le di dos besos a Lola y se la presenté a Alex que miraba alucinado — Vaya coincidencia verte aquí.

—Ya te digo... no vengo nunca, pero le dije a mi amiga, que está en el baño y viene por ahí, que debíamos venir a este sitio hoy. Mirad, os presento —dijo cuando se acercó.

Su amiga se llamaba Carmen. Vaya dos nombres con más personalidad, Alex se quedó mirando a la otra chica, sonriente y Lola me miraba a mi negando por la casualidad.

Las invitamos a unas copas y nos pusimos a charlar animadamente.

—¿Oye tenías una bola de cristal antes cuando dijiste de volvernos a ver o es un don de nacimiento? —pregunté, de lo más animado por el encuentro.

—Intuición que tiene una...—respondió con aquella gracia que le caracterizaba.

—Pues sí que es casualidad...

—Bueno, Vigo es un pañuelo...

—Tampoco tanto y esta noche los locales están abarrotados... Pero aquí estamos...

—Pues sí, con un montón de horas por delante y muchas ganas de pasarlo bien—respondieron casi al unísono aquellas chicas que eran una especie de “Pili y Mili” pero en versión moderna, renovada y mejorada.

Las dos trabajaban de editoras para una editorial. Lo hacían online, así que distribuían muy bien su tiempo y compaginaban con su vida social.

—¿Y no os pesa eso de trabajar en casa? —preguntó Alex, deseando meter baza...

—Ni un poquito—dijo Carmen...—A ver, ¿dónde trabajas tú?

—En el Ayuntamiento...

—Claro pues mira, por bueno que sea tu puesto, que no tenga duda, ¿sabes esas mañanas en las que caen chuzos de punta y lo que menos apetece es salir de casa?

—Sí—respondió él.

—Pues ahí estamos nosotras, confortablemente instaladas en nuestras mesas de trabajo, con un café en la mano, la calefacción puesta y sin necesidad de poner un pie en la calle para ganar dinero...

—Bien mirado, parece una bicoca—dijo Alex.

—¡Más suerte que un quebrado tenéis vosotras, chicas! —dije, con tono decidido...

—No nos quejamos, desde luego—dijeron, coordinadas...

—Es que si os quejarais sería para chocaros—añadí...

—A ti te vendría que ni pintado un curro así para estar más tiempo con Nico—dijo Lola.

—No creas que, según os escuchaba, no lo estaba pensando. Al principio me daba mucha penilla separarme de él, pero ahora hay que reconocer que el niño necesita vida social y además ya es un “chico mayor” que va a la guarda y todo, como él dice...

—Habéis activado al bicho, ¡vosotras lo habéis querido! —dijo Alex, burlón... Ya le ha salido el modo “padre” y eso no hay quien lo pare...

—No le hagáis ni puñetero caso que es más exagerado que el cine, el jodido... Lo que no dice es que a él también se le cae la baba con su sobrino postizo...

Tenían mucho desparpajo. Si no fuera por el acento tan peculiar de nosotros, los gallegos, diría que eran andaluzas. Estaban envueltas de un halo especial de esos que te hace mirarlas como hipnotizado...

Alex no paraba de charlar con Carmen y yo lo hice con Lola, hasta nos dimos los teléfonos y hablamos de quedar los cuatro para cenar una de esas noches.

—¿Y dices que eres profesor? —me preguntó Lola.

—Eso mismito—le contesté.

—Entonces es que te gustan los niños en general, ¿no?

—Sí. Fritos y con patatas—añadí—Ahora en serio, sí. Me parecen como de otro mundo esos locos bajitos y su extraordinaria capacidad para revolucionar nuestras vidas.

—Eso es verdad, parece que, a menor tamaño, más cacharros toca acarrear, ¿o me equivoco?

—Ni una mijilla. Así es. Nico ya me va dando cuartelillo en ese sentido, pero al principio tenía puestos post its por toda la casa, porque si no, me faltaban la mitad de las cosas cuando salía...

—Si es que no te lo dije en broma antes... Hay que tenerlos muy bien puestos para tomar una decisión así, estando solo...

—Bueno, en honor a la verdad, juego con ventaja. Tengo unos padres que son abuelos de matrícula de honor y eso me permite hacer también mi vida cuando lo necesito, como esta noche... Así que solo del todo, no estoy...

—Pues eso está muy bien porque así vas intimando con “la madre” que sin conocernos, formar una familia va a ser un poco complicado—dijo la loquilla de Lola, sin anestesia.

—Eres más graciosa que hecha de encargo, pero vamos que no creo que te descubra América al decírtelo. Te lo habrán comentado muchas veces...—dije, guiñándole el ojo y sintiéndome como si ya tuviéramos confianza...

—Alguna que otra—confesó, sin darle ninguna importancia...

Carmen nos hizo un selfie a los cuatro y lo subió al Facebook, nos añadió y etiquetó. Aunque yo no soy amante de airear mi vida personal en las redes, me callé.

Pensé eso que dicen de que "una vez al año, no hace daño". Además, no quería parecer un patoso. Por otra parte, la foto era divertida y no tenía nada de malo.

Lola no paraba de tomar chupitos y yo de negar, pero no había forma de decirle que no. Se ve que esa palabra, al menos ese día, no la entendía.

—¡Por nosotros, por el cuarteto con más arte de todo Vigo y parte del extranjero! —brindaba ella, una y otra vez...

Y el asunto es que, cuando no lo hacía ella, lo hacía Carmen de modo que, “por H o por B”, de allí iba a salir achispado hasta el apuntador...



Alex les seguía las bromas en todo, era peor que un niño chico y estaba disfrutando con ellas de lo lindo. Lo que menos me imaginaba es que ese mismo día me iba a volver a encontrar a Lola.

Aquella noche lo estábamos pasando pipa. Era innegable que Lola y Carmen animaban mucho la fiesta y no tenían límites. Eran naturales como la vida misma.

Ambas chicas vivían juntas. Estábamos sacando mucha información esa noche, aquello parecía un juzgado de guardia con tantas preguntas, respuestas y risas, sobre todo risas.

—Debéis liarla parda las dos juntas, ¿no? Tendréis a todos los vecinos revolucionados—les dijimos...

—Algo de eso hay, pero es que alguien tiene que darle gracia al asunto, que si no, las comunidades son muy aburridas—dijeron ellas, muertas de la risa...

—Anda que no tenéis que ser vosotras nadie—dijo Alex...

—Hombre claro, antes muertas que sencillas. Que hablen de nosotras, aunque sea mal—respondió Lola, totalmente convencida...

Al día siguiente cenaban en casa de sus respectivos padres y luego salían de fiesta, así que nos pusieron unírnos a las doce de la noche a ellas. Como "Cenicienta"— así lo dijo Lola.

—Y os queremos la mar de monos y con muchas ganas de fiesta, que nosotras somos la “alegría de la huerta”, aunque seguramente ya lo hayáis adivinado—dijo Carmen, en tono zalamero...

—Sí, algo dejáis ver. Un auténtico ciclón sois. El “huracán Katrina” —dije, haciendo el paralelismo...

—¡Huy, Katrina dice! De eso nada. El “huracán Carmina” —dijo Carmen, provocando las risas de todos...

Por supuesto aceptamos, no teníamos un plan mejor. Además, Nico dormiría de nuevo con los abuelos, eso que para él era como una fiesta, así que fiesta para los dos. Y para mis padres, de

paso.

—Veréis las Navidades que os vamos a dar — dijo Carmen riendo en tono amenazante.

—Espero que sea para bien —levantó las manos Alex.

—Pero chaval, ¿qué malo te puedes esperar de dos chicas tan buenas? ¡Hombres...!

—Dos ángeles caídos del cielo somos nosotros —dijo Alex, señalándome a mí también, que pasaba hasta de pronunciarme por no cobrar.

—Yo solo sé que echo de menos a mi hijo —dijo Lola bromeando y recordando a mi Nico.

—Ese no te echa de menos a ti, ni a mí. Está con la abuela y ya contra eso es una lucha imposible —me encogí de hombros.

—Bueno, mientras esté con mi suegra, no hay problema. Por mi suegra y por mi niño MA-TO — dijo consiguiendo que todos echáramos una carcajada.

—Verás como tu suegra vea que la dejas tirada mañana para la cena, conociendo a Sofia no le va a hacer ni puta gracia —dijo Alex a Lola siguiendo la broma de mi madre.

—De esta te la cargas —dije.

—Mi suegra me lo perdona todo, sabe que soy un amor de nuera, que siempre seremos super amigos y que no tiene nada de lo que enfadarse. Entiende que me toca cenar con mis padres — nos sacó la lengua.

—Bueno, bueno, por este año igual te lo perdona—dijo Alex, pero ya veremos el siguiente. Tú no tienes mucho a la suerte...

—Para el siguiente ya veremos y le preguntaremos también a mi niño, que también le toca decir algo en todo esto—contestó, partida de la risa...

Nos despedimos a las cinco de la mañana. Todos quedamos en vernos en la puerta del pub a las doce de la noche, después de la cena especial que haríamos con nuestras familias ese día.

De camino a casa fui pensando que había sido toda una suerte encontrarnos con aquellas dos loquillas que nos habían alegrado la noche y amenazaban con hacerlo también la siguiente...

En fin, en mi cabeza retumbaban aquellas últimas palabras “le preguntaremos también a mi niño”. Imaginaba la cara de Nico al respecto. Él no entendía de madres, pero había demostrado que de tonto no tenía un pelo. Para una vez que había escogido, ¡vaya ojito el del chavalín!

# Capítulo 3



Desperté y me hice un café. Eran las doce de la mañana y tenía una resaca impresionante. Me tomé una pastilla. Definitivamente, nos habíamos pasado con los chupitos.

Dos cosas me vinieron a la cabeza que me sacaron una sonrisa: mi Nico y Lola. Estaba de un humor excepcional y eso pese a que hasta la más tenue de las luces me molestaba. En cualquier caso, me daba igual.

La verdad es que lo último que me hubiera imaginado es que fuera a encontrarme a Lola de nuevo y el mismo día. Fue toda una sorpresa y cien por cien gratificante.

No sabía si era coincidencia de la vida o un capricho en forma de regalo de la Navidad, esa época que la mayoría de los mortales consideramos mágica. Lo que tenía claro es que era bien recibido.

Me metí en la ducha. Tenía por todos los medios que hacer cuanto estuviera en mi mano por venirme arriba. Parecía que me deshidrataba y no paraba de beber agua.

Me tiré un rato en el sofá. Sabía que cuando bajara a casa de mis padres ya no me movería de allí hasta la noche. Iba a almorzar y a cenar con ellos. Menos mal que no había prisa.

No fue hasta las dos que comencé a sentirme bien que bajé. Nico vino corriendo a la puerta y se tiró a mis brazos. Sonreía feliz con un helicóptero en las manos.

—Esta noche os quedáis de canguros de nuevo —dije sentándome en la mesa.

—Claro, no teníamos tampoco intención de devolvértelo —dijo mi madre tan campante. Así era Sofía, ¡no sé quién fue el imbécil al que se le ocurrió eso de que las mujeres eran el sexo débil!

—Me parece genial. A este paso voy a salir todas las Navidades—sonreí, sabiendo que con aquel comentario haría sus delicias.

—Sabes que no tienes problema por eso, hijo. Eres el mejor padre del mundo y lo haces genial. Lo hablamos ayer, tienes derecho a reservarte una parcela para ti.

Mi madre me veía así y en cierto modo muy mal no lo hacía. En días normales yo me encargaba de toda la rutina de Nico, como siempre deseé. Era mi obligación y la asumía con mucho gusto.

Me despertaba, lo vestía, lo llevaba a la guardería, me iba a trabajar, lo recogía, comía, lo duchaba, lo entretenía, le daba de cenar y lo acostaba. Así siempre y feliz de la vida de hacerlo.

Comimos de forma suave. La cena era la comida principal ese día donde la mesa se vestiría de gala y nos daríamos el atracón del siglo, para no perder las costumbres y no era cuestión de salir rodando desde el mediodía.

Después de comer senté a Nico en mi falda y nos quedamos dormidos en el sofá. Me encantaba cuando eso sucedía. Al principio, era tan chiquitín que me daba pavor estrujarlo, pero esa sensación pronto pasó a la historia.

Cuando despertamos lo duché, le cambié el pijama y me puse con mis padres en la cocina a tomar un vino. Iba de una en otra, después de haber pasado esa resaca, ya estaba con otra copa. Eran días de locos...

Mis padres estaban preparando la comida, de manera muy meticulosa, para eso eran unos fenómenos. El pequeño estaba en el salón viendo dibujitos tirado en el sofá. Una deliciosa imagen que yo disfrutaba.

—¿En qué os ayudo? —les pregunté—Es que me siento más inútil que un lápiz blanco...

—Esa frase es buena hijo. Típica broma de maestros. Hacía tiempo que no la escuchaba...

—Es que hace tiempo que no eres maestro papá—respondí con ese mismo término que tanto le gustaba a él. Creo que ni una sola vez en mi vida le había escuchado referirse a su gremio como el de “profesores”.

—En eso te equivocas, hijo mío. El que es maestro de vocación, muere maestro. Por muy jubilado que esté. Y eso nos pasó a tu madre y a mí y te pasará a ti, que también naciste para esta bonita profesión.

—Y ahora es cuando dices eso de que te encantaría que Nico heredara nuestra vocación, ¿no?

—Pues sí, para qué nos vamos a engañar. Pienso que pocas profesiones tan dignas, a la par que tan bonitas y eso que no corren buenos tiempos para algunos colegas. Respeta siempre a tus alumnos, pero tampoco dejes que se te suban a las barbas.

—Lo sé papá y lo tengo en cuenta todos los días. Cada uno tiene su papel...

—Eso es hijo...

—Y en cuanto a lo de Nico, por mi parte lo único que deseo es que sea feliz, se dedique a lo que se dedique, tendrá mi apoyo...—le comenté.

—Y así debe ser siempre, Marc. Esas son las palabras de un padre generoso. A aquellos que tratan de hacer de sus hijos una especie de prolongaciones de sus vidas, les suele “salir el tiro por la culata” —dijo mi dulce madre.

Les encantaba preparar una preciosa mesa, llena de un poco de todo, pero con mucha variedad, siendo el plato principal y más importante el marisco y el cordero, que a los tres nos encantaba.

Mis padres eran de esas parejas de toda la vida. Cuando yo nací, ellos tenían treinta años, como ya he dicho antes, pero llevaban diez años juntos en ese momento, así que toda una vida y seguían mirándose con ese brillo en los ojos. Me resultaba fascinante.

El día de Fin de Año sí que nos reuníamos con los hermanos de mi padre. Mi madre no tenía, ya que era hija única, pero mi padre tenía dos hermanos, Fernando y Luis, de modo que lo celebrábamos con sus familias.

El pequeño apareció por la cocina y puso una cara de sorpresa al ver tantas bandejas sobre la encimera. Yo lo sostenía en mis brazos y él quería tirarse de cabeza a los platos, ¡no sabía nada!

Me encantaba lo expresivo que era, además de ser un niño de lo más cariñoso y conformista. Me

sentía muy afortunado de ser su padre. El nuestro era un aprendizaje mutuo.

La cena fue espectacular. Nos lo pasamos muy bien. Como no podía ser de otra manera, el niño fue el centro de atención en todo momento. Tuvimos que ponerle un poco de todo sobre su plato y él con sus dedos felizmente probando cada cosa. Las gambas le volvían loco.

—“Rico” —decía chupándose los dedos y causando una risa en nosotros.

—¿Te gusta todo? — preguntaba la abuela.

—“Shi, gambas” —señalaba para que le pelaran más.

—Luego te va a doler la barriga — protesté.

—Una más — sacó el dedo para hacer el número y puso cara de pena. Era más listo que el hambre y sabía sacar partido a las situaciones.

—Bueno, uno más hijo, vamos a ser buenos —decía la abuela y el abuelo afirmaba a baba tendida. La escena era para enmarcar.

—“Shi” —decía feliz, mostrando la mejor de sus sonrisas de agradecimiento.

—Bueno y ahora ha llegado el momento en el que Nico y yo os hacemos la entrega de unos regalitos que son simplemente unos detalles pero que representan lo mucho que os queremos.

—Sabes que no tienes que molestarte en buscarnos nada, cariño. Gracias a Dios a tu padre y a mí nos sobra de todo y ahora tú tienes más gastos con Nico—dijo mi madre, puro amor, como ella era.

—¡Mamá por favor ni que me fuera a tener que ir a vivir debajo de un puente por traeros unos pequeños regalos! Me hubiera gustado. pero te aseguro que no son las escrituras del Palacio de Liria.

Aquella expresión le hizo mucha gracia a mi padre que soltó una carcajada con efecto contagioso para el resto de nosotros.

—Venga Nico, haz tú los honores—le indiqué, poniendo el primer regalito en sus gorditas manos—Este es para la abuela...

—Toma abuela, este es para ti. Lo ha “compado” Nico—dijo, señalándose él mismo...

—Te como esa cara tan bonita que Dios te ha dado, cariño—dijo ella, comenzando a abrir su paquete—Marc hijo, estás en todo. Eres un amor. Es él que estuve mirando aquel día. Muchas gracias...

—Espero que lo disfrutes mamá y me quedo tranquilo porque sé que lo harás, ya que tenéis mucha vida social y no se os cae la casa encima.

—Toma Nico. Este es para el abuelo—volví a indicarle.

—Toma abuelo, este es para ti. Lo ha “compado” Nico—repitió como si llevara una semana ensayando.

—Hijo, es muy calentita y de mi estilo. Se nota que me conoces bien. Me vendrá fenomenal para salir a dar ese paseo diario, que tanto nos gusta a tu madre y a mí.

—Nosotros también tenemos una cosita para ti, cariño. Esperamos que te guste, pero no es solo de nuestra parte, también de la de Nico—dijo mi madre.

—Toma Nico. Este es para tu papá—le indicó.

—Toma papá, este es para ti....

Y no le dejamos terminar pues coreamos todos aquello de “lo ha compado Nico...”

—Muchas gracias a los dos. Es un chándal estupendo y muy de mi estilo. Me gusta mucho y le voy a sacar tela de partido—dije, agradecido.

En cuanto a Nico, a él le explicamos que lo suyo lo traía el bueno de Papá Noel e hicimos toda la parafernalia al respecto: “que si había entrado por la chimenea”, “que si acababa de salir y eran muchos los regalitos que llevaban su nombre...”



Con mi coche alucinó, pero con el correpasillos en forma de moto de “La Patrulla Canina” que le pusieron mis padres, no lo hizo menos. Fue todo un espectáculo ver su carita de emoción abriendo aquellos regalos...

Era muy simpático. A veces muy payaso, pero ahí residía el encanto de su inocencia y simpatía. A mí me tenía en una nube.

Nico era lo mejor que me había pasado en la vida, quien que me demostró lo que es el amor por encima de todo, absolutamente incondicional y sin barreras.

Luego lo senté en mi falda hasta que se quedó dormido y lo llevé a la habitación que los abuelos tenían preparada para él. Entrar en ella era como hacerlo en un paraíso infantil que recordaba al género de Mary Poppins y compañía.

Una deliciosa decoración para niños, tipo vintage en la que no faltaban marionetas de madera de Pinocho, cuadros de Blancanieves y los siete enanitos y un caballo mecedor en el que Nico echó sus primeras risas.

Se desveló un poco y sonrió haciendo un gesto de “adiós” sonriente, encima, era tremendo, sabía que dormiría en casa de los abuelos y ya me estaba echando, no me lo podía creer.

Conforme iba pasando el tiempo, cada vez lo hacía más descaradamente. Me eché a reír y el cerró los ojos, pero sonreí, estaba entre aquí y el séptimo sueño, luchando para ambos lados. Y al final fue a caer en los brazos de Morfeo.

Me despedí de mis padres y subí a cambiarme. Estaba dudando qué ropa ponerme. Al final me decanté por unos jeans, unos zapatos tipo deportivas en color marrón, una camisa de cuadros en celeste, un jersey de pico azul por encima y una chamarreta del color de los zapatos.

Me veía guapo, bien. Realmente quería que Lola me viera así. Me gustaba mucho esa chica y sobre todo quería ir conociéndola poco a poco. Lo primero, mostrar mi mejor versión.

Hice un poco de tiempo mandando unos mensajes a determinados amigos. Había que cumplir ya que ellos me habían felicitado. Era lo que odiaba de estos días, tener que hacer algo que normalmente no es molesto, pero que tiene que ser en este momento y ya. De lo contrario quedas como el culo.

Lo peor era que les respondías y te volvían a responder ¿no tenían otra cosa que hacer? A mí eso me generaba ansiedad. Estaba reñido con la tecnología. Era algo que me sacaba de mi paz emocional y por eso lo evitaba todo lo que podía.

Terminé de cerrar todo y me fui, ahí empezaba otra noche con Lola, esa que no se quitaba de mis pensamientos. Camino del pub iba inmerso en ellos, con la sensación de volver a ser un quinceañero ilusionado.

# Capítulo 4



Llegué al pub y ya estaban todos, me miraron sonriendo y los saludé. Estaba claro que el tema de Nico me entretenía un poco más que al resto, que estaban más libres.

—Pensábamos que te habías ido a dormir —bromeó Alex.

—Me había acostado, pero luego lo pensé mejor y dije “voy a ir a ver que hacen estos” — me encogí de hombros.

—Vamos, si eso es verdad que te caiga un rayo — dijo Carmen poniendo cara de bruja.

—No me perdería venir por nada del mundo — añadí cogiendo la copa de Alex y dándole un trago.

—Tú no pidas... — dijo con ironía.

—Esperando a que me haga caso el camarero —me volvía a encoger de hombros.

—Yo no le riño, pero de la mía no quiere beber —soltó Lola, mirándome con una intensidad que provocaba.

Cogí su vaso y me lo bebí de un trago. No es que estuviera lleno, pero tenía bastante. Me la estaba volviendo a jugar, con el dolor de tarro que tuve que soportar esa mañana, pero solo se vive una vez.

—Vaya, anda que me dejaste un trago — se quejó.

—¿Lo ves? Te has quejado a modo riña, solo te puse a prueba —le hice un guiño y resopló

volteando los ojos y causándonos una carcajada.

—¡Vaya dos patas pá un banco! —dijo Alex, con ganitas de guasa.

—Y el banco cojo—replicó Lola...

Carmen estaba desatada y le dio por intentar explicar cómo los americanos nos tapaban cosas evidentes y que todos sospechábamos, tipo tema ovnis y demás.

Es que lo vivía tal como lo contaba y a mí que esos temas me entusiasmaban, no paraba de buscarle la lengua. Lola volteaba los ojos y negaba. No se la creía o, mejor dicho, no creía en esas cosas.

—Es que es tremenda. No os lo podéis ni imaginar. Es la monda. Resulta que, a veces, me levanto a media noche porque veo un resplandor sospechoso en el salón y es ella viendo “Cuarto Milenio” con un paquete de palomitas.

—Claro guapa, pero lo que no cuentas es que cuando tú estás desvelada te pones a ver la “Teletienda” y, bien mirado, esos sí que tienen cuentos, vamos “más cuentos que Calleja”, con todos esos productos que son mágicos...

—Eso solo fue una vez—se quejó Lola....

—Vosotras no os aburrís, ¿verdad? —preguntó Alex.

—Ni un tanto así—dijo Carmen, haciendo el gesto de poco con las manos....

De allí nos fuimos a otro pub. Estuvimos moviéndonos todo el rato, una copa en cada sitio. La verdad es que esa noche era para vivirla así, sobre todo porque cada local se había esforzado en ser lo más navideño, bonito y currado posible.

—Y mañana Navidad, que aburrimiento —protestó Lola.

—Joder, aburrimiento dice, comer con tu amiga es un aburrimiento, con la ilusión que compré y preparé todo —negó ofendida.

—Niña disimula, que lo digo para que se apunten —resopló negando con la cabeza.

—Pues eso es fácil, mira. — se giró y nos miró a Alex y a mí — Mañana a las dos en nuestra casa para el almuerzo de Navidad y todos en pijamas, advertidos quedáis.

—Y tú — me señaló en tono amenazante — me traes a mi hijo o te aviso desde ya que pido la custodia compartida—soltó Lola.

Nos reímos todos. Era mortal Lola.

—Yo me apunto, iba a pasar el día en el sofá, hasta el treinta y uno no vuelvo a tener compromiso de cena familiar —dijo Alex.

—Nosotros el día de Navidad comemos lo que sobró el día anterior, pero les diré que no cuenten conmigo, que Nico y yo nos vamos de fiesta pijama —reí.

—Yo voy vestido y abajo llevo el pijama —dijo riendo Alex.

—¿Pero te lo vas a poner? —pregunté riendo.

—Y tú también —dijeron Lola y Carmen de forma sincronizada, señalándome con el dedo y riéndose ambas.

—Está bien, veré qué modelito busco, pues no suelo usar pijamas, pero tengo alguno de Reyes de estos que me regala mi madre —volteé los ojos.

Una comida de Navidad en pijama, al menos cómoda era, pero vamos, puestos a elegir hubiera sido la leche en ropa interior, pensé y aguanté la risa. Mis pensamientos eróticos y yo.

El caso es que no debía ser el único que iba por esos derroteros porque cuando dije que no solía usar pijamas, Lola puso una carilla picarona que me hizo erizar hasta el último vello de la piel. Y es que aquella chica tan mona me estaba calando hondo.

Carmen se pasó toda la noche bebiendo de nuestras copas. Decía que no pedía ninguna que nosotros le engańábamos y eso que estábamos pagando Alex y yo. El caso es que cuando se volvía nos bebíamos su copa, sobre todo Lola que así iba, por eso no quería pedir más.

Lola estaba súper irónica. Había tomado un rol que nos tenía a todos doblados de la risa. Por si eso fuera poco era la que más bebida estaba, por eso actuaba así.

En cualquier caso, era a la que menos se le notaba. Se metía tanto en su papel de “Miércoles Adams”, la niña de la famosa familia, que hasta era imposible hacerle reír. Los demás nos desternillábamos.

De todas formas, seria o menos seria, dependiendo del momento de la noche, lo que sí derrochaba era complicidad conmigo en sus miradas y gestos, algo que yo no pasaba por alto y a lo que correspondía encantado.

Se notaba el feeling y cada vez nos acercábamos más el uno al otro. Hacíamos como que nuestras manos se rozaban por casualidad y todo ese tipo de cosas que ocurren cuando la química sale a raudales.

En cuanto a los otros dos, parecía que la complicidad también había llamado a su puerta, así que allí estábamos, “cada oveja con su pareja”.

Carmen se pasó toda la noche explicándonos dónde era la casa, como si no lo supiéramos ya de sobra. Lo había dicho como veinte veces y a Lola la tenía desesperada, ya la mandaba a callar a chillidos, yo estaba que me iba a dar algo de reírme.

—Pero vamos a ver alma de cántaro que ya saben dónde es y además que nos vas a dejar como dos catetas, ¿tú no sabes que existe una función llamada “enviar ubicación”? ¡Más bruta y no naces!

—Lo suyo es que sepan llegar sin tecnología ni tonterías. Como se ha hecho toda la vida de Dios.... ¿O no te has parado a pensar que se pueden quedar sin batería?

—Ya, pero también hacían los indios señales de humo y en la actualidad no hace falta, bonita, que a este paso les vas a mandar una paloma mensajera o algo parecido, cállate ya un poquito, por tus mulas....

El tema de los pijamas fue el punto fuerte de la noche. Carmen nos amenazó con eso mil veces, no se fiaba de que no le fuéramos a hacer caso, nos intentaba explicar que una verdadera Navidad es comodidad y hogar, pijamas y comer y que dejáramos de joder. Así se tiró toda la noche, aparte de

lo de la dirección, claro, que eso era un drama.

—Y nos tenéis que hacer caso porque además así el niño también se va a sentir como en su casa...  
—sentenció.

—Pero ¿cómo no se va a sentir en su casa si viene a ver a su madre? —dijo Lola que era otra que, o la ganaba, o la empataba...

—Estáis como dos cabras, pero yo no me pierdo la comida ni por todo el oro del mundo—dijo Alex, que hacía mucho que no se veía en una de ese calibre.

—Ni yo tampoco, vamos, así tuviera que ir hasta allí con Nico en patinete. Va a ser la monda. La Navidad más divertida de nuestra vida...

—A quien no sé yo si le va a hacer la misma gracia quedarse mañana sin hijo y sin nieto es a tu suegra, Lola—dijo Alex, volviendo a la broma de la noche anterior.

—Ummmm, no había yo pensado en eso. Tendré que invitarla a ella otro día para congraciarme, que si no voy a perder puntos—añadió ella, haciendo como que le daba un sofoco y se caía de espaldas.

—O igual eres tú la que tienes que ir a verla a su casa pera desagaviarla—comentó Carmen, haciendo también de celestina.

—Y el hijo, que es quien mejor la conoce, ¿qué piensa? Que está un tanto calladito, parece que se le ha comido la lengua el gato—me dijo Lola, curiosa...

“A ti sí que te comía yo la lengua” pensé, mordiéndome la mía antes de contestar. Tuve que apartar ese pensamiento de la cabeza porque noté que mi hermano de la entrepierna también quería decir algo y no era plan.

—Bueno, que no tienes que preocuparte por nada—solté, “como el que lava y no enjuaga” — Tu suegra no es la típica que vuela en escoba y lleva la verruga y eso... En realidad, es más maja que las pesetas—dije, para risa de todos...

Alex y Carmen mostraban esa noche una tensión sexual no resuelta que daba la impresión de que

se iban a devorar en cualquier momento, tirándose en lo alto de la barra. Y es que parecía que iban a dar un numerito, pues sus caras y gestos eran de lo más descarado.

Lola me miraba negando y riendo, haciéndome señas sobre ellos. Yo asentía con media sonrisa, intentando disimular ya que estaba mi rostro más a la vista.

Las dos eran carismáticas a más no poder. Resultaban adorables, a pesar de esas locuras que gastaban de forma permanente. No cabía duda de que eran dos pedazos de mujeres como la copa de un pino y de lo más simpáticas.

—Desde luego, cuando repartieron la gracia, vosotras estabais en primera fila, ¿no? —dije, dirigiéndome a las dos, pero fijando la mirada en Lola, pues entre nosotros también había surgido una corriente bestial...

—Allí estábamos claro—contestó Carmen. Yo con el número uno y aquí la prenda de mi amiga, con el dos...

—Y tenías que ser tu como siempre “mariquita la primera, ¿no?”

—Pues claro, que para eso he tomado la palabra. Pero el dos no está mal. Tú también tienes tu poquita de gracia, nadie lo duda y hasta eres algo mona y todo, aunque veas la “Teletienda” —soltó Carmen, buscándole la lengua a lo bruto...

—¡Me voy a cagar en todo lo que se menea! —contestó Lola. Tú toda la vida zumbada con los extraterrestres y todas sus castas y yo....

—Pues sí, que es verdad que solo viste la “Teletienda” una vez, pero ya sabes eso de que “para una vez que maté un gato, me pusieron matagatos” y eso es lo que te ha pasado a ti—interrumpió Carmen.

—Eso y me has colgado el “sambenito” hasta el día del juicio final, cabrona—concluyó Lola, partida de risa...

Nos dieron las seis de la mañana “entre pitos y flautas” y a esa hora fuimos a comer unos churros y un chocolate. Cualquiera dejaba a Carmen y a Lola sin ellos, decían que era tradición y que unas Navidades sin ese desayuno después de una marcha no eran Navidades ni nada.



Comimos los churros y fuimos a acompañarlas, vivían cerca, pero algo más lejos que nosotros. Después me despedí de Alex y caminé hacia mi casa.

Cada momento que pasaba con Lola me atraía más. Estaba loco por tener una oportunidad de vernos a solas, en otras circunstancias. Tenía esa necesidad, hasta el momento, siempre había sido rodeado de gente.

Me acosté y puse el despertador a la una. Avisaría a mi madre de que no comería y que me llevaría al pequeño. Lo haría con el tiempo de ducharme, coger la sillita, al niño e irme a su casa, pero ahora tocaba descansar. Estaba de lo más agotado, la noche había sido larga pero increíblemente divertida.

# Capítulo 5



Cuando sonó el despertador me sorprendió que no estaba tan mal, de todas formas. tomé una pastilla y llamé a mi madre. "En peores plazas había toreado", tenía hasta buena cara.

A mi madre le gustó mucho que la llamara y me dijo que me preparaba al niño con un pijama limpio y le ponía un chaquetón largo. Ella tenía mil cosas de Nico en su casa y yo decía que Nico disfrutaba de una doble vida.

Me duché y me puse el pijama debajo. Me reía solo de verlo, pero cogí uno muy práctico, compuesto por una camiseta blanca de mangas largas blanca y lisa con un pantalón azul marino con un cordón delante blanco.

Bajé a por Nico y me tomé un refresco con mis padres, contándoles lo de la noche. Ya les había adelantado algo en la cena de la noche anterior sobre Lola y Carmen y les había resultado muy divertido.

—Yo no es por nada, pero hacía mucho tiempo que no te veía hablar con tanto entusiasmo de una chica—dijo mi padre. Sí que te debe ser especial. Ve y diviértete...

—Hijo, yo te lo he vestido como me has dicho y tal, pero ni que decir tiene que, si preferís ir los adultos solos, tu padre y yo nos quedamos “más a gusto que un arbusto” con Nico.

—Lo sé mamá, pero las chicas han insistido mucho en que lo lleve. Es más, creo que el vas a ser el rey del almuerzo. Si se me ocurre aparecer por allí solo, lo mismo me mandan “a tomar viento” y todo.

—Pues entonces no se hable más. Y diles a esas chicas que ya me caen bien. Quien quiere a mi nieto tiene también un lugar especial en mi corazón—añadió mi madre.

Monté al peque en la sillita y casi tengo que cortarle la mano. Al pasar por la puerta se agarró riendo como diciendo que no se iba de la casa de los abuelos. A mi madre se le caía la baba.

Andamos hasta casa de las chicas, al llegar estaban con sus pijamas rojos y blanco del estilo al mío, igual que Alex, que llevaba otro práctico y estaba sonriente con su copa de vino.

—Ya está aquí el lentorro de turno. Menos mal que viene bien acompañado—dijo, al verme.

—Con amigos como tú, no hacen falta enemigos, puñetero. El próxima día, vienes a echarme una mano con Nico y seguro que llegamos antes.

Las chicas me sacaron al niño de la sillita inmediatamente. Se lo estaban rifando y peleando por cogerlo. Él reía feliz de ser el centro de atención de aquellas dos preciosidades.

—Qué cosa más rica, por favor —lo besuqueaba emocionada Carmen.

—Quita que me lo agobias —dijo dándole un cate— ¿Yo quién soy? —preguntó al niño causándonos una risa.

—“Mamá” — contestó muerto de risa Nico.

—Muy bien dicho. Mañana me voy a los juzgados a quitarle la custodia a ese —bromeó señalándome.

Nico reía sin entender nada, pero el tono de Lola y la forma de decir las cosas le hacía mucha gracia.

—¡Se parece a ti! —comentó Carmen, con sorna.

—Pues será en el blanco de los ojos—siguió la broma Alex—¡Vamos hombre, el niño es mil veces más guapo que el feo del padre!

—A ver, mi niño es precioso pero el padre es muy atractivo, no fastidies—dijo Lola, lanzándome un beso de lo más gracioso que me supo a gloria.

—Bueno eso serán los ojos con los que tú lo miras—le contestó Alex...

—Claro, pues los mismos con los que me miras tú a mí—le respondió Carmen, que estaba al quite...

—¡Haya paz, puñeteros! ¡Me vais a revolucionar al niño!

—Oye, tú no serás de esos que me vas a criar al niño como si estuviera entortado, ¿no? —preguntó Lola en un tono que parecía hasta convincente.

—No mujer, tampoco es eso.... —dije, observándola pasmado.

—¡Hombre, por Dios! A ver si me lo vas a “encarajotar” y después tenemos un problema. Tú déjalo con nosotras que le vamos a enseñar de qué va el mundo.

—El mundo, el mundo—repetía Nico en su media lengua mientras daba brinquitos de alegría.

Se apoderó inmediatamente del sofá. Se tiró allí a ver dibujitos en la tele mientras nosotros nos tomábamos una copa y tapeábamos un poco de jamón, gambas y queso.

—Propongo mañana cenar en mi casa — dijo Alex en señal de devolver la invitación.

—Pues como me toca a mí también invitar, yo propongo el día uno en la mía —dije levantando levemente las manos.

—Nosotras aceptamos todo —dijo Carmen mientras Lola asentía.

—Además en estas fechas nos rascamos el culo, vamos claramente, como los profesores —dijo Lola en un ataque hacía mí.

—¿Lo ves? —No tardó en contestar Alex mirándome—no soy el único que te lo dice.

—Son unos envidiosos —dije mirando a mi hijo que estaba viendo la tele y a la vez a nosotros sonriente.

—Pues sí, para que vamos a mentir —contestó Alex.

—Vamos que eres funcionario también, que no te puedes quejar —resoplé.

—Sí desde luego que estamos eslomaditos los cuatro—dijo Lola, haciendo la señal de la victoria. Tenemos todos unas ojeras de darle al currele, que vamos...

Tras el tapeo llegó la comida. Nos sorprendió que hicieron un pollo relleno con salsa que estaba riquísimo. Sobre todo, fue Nico quien lo celebró con cada mordisco que daba a esa carne que le sabía espectacular.

—Si es que a él le gusta cómo cocina su madre, ¿verdad mi niño? Le decía, mientras se lo comía a besos.

—Y el asentía encantado, como si comiera con ella todos los días y como si de verdad fuera su madre. La escena era una auténtica parodia que nos tenía ensimismados.

Comió sentado en su falda. Sentía algo hacia esa mujer que le atrajo desde el principio. Permanecía siempre atento cuando ella hablaba y sonreía con su tono de voz, de vez en cuando echaba unas carcajadas que nos hacía a todos partirnos de risa.

—Él se ríe con mis cosas, ¿verdad? Y tiene una sonrisa y unas ganas de cachondeo que son gloria bendita. Sale a mí, ¿a quién va a salir si no? —contaba ella, de lo más metida en su papel.

—Claro, claro—respondía yo como si el tema no fuera conmigo...

Tras la comida pasamos al café y a comer unos turronecillos que les enviaba mi madre de entre los que tenía caseros. Se trataba de un surtido de esa pastelería tan tradicional donde los comprábamos.

Pasamos toda la tarde con las chicas que estuvieron más atentas a Nico que a nosotros, era claramente el rey de la fiesta y lo notaba. Estaba pletórico, no se había visto en otra.

—Nos lo tienes que traer más a menudo que este enano es un amor y nos ha enamorado a las dos—dijo Lola, sin vacilar.

—Bueno es saberlo—dije, guiñándole un ojo pues a esas alturas de la película se notaba de sobra

el buen rollo entre las dos parejas y solo quedaba poner las cartas encima de la mesa.

—Tú tráelo mucho que nos van a hacer a nosotros “el caso del pito del sereno”, te lo digo yo— dijo Alex, bromeando.

—No te irás a poner celoso del niño—le respondió Carmen—¡Ay, pobrecito! Ven que te doy a ti también un Kinder Sorpresa.

—“Mío, mío” —decía Nico, totalmente ofendido de que Alex se fuera a llevar uno de los huevos de chocolate que consideraba que estaban reservados para él.

—Toma, toma—le dijo Alex—No sea que le vayas a coger coraje al tío Alex por tan poca cosa.

Nico pareció quedar mucho más conforme y los demás reímos hasta decir basta.

Sobre las ocho nos despedimos quedando en volver a vernos en casa de Alex al día siguiente. Ahora bien, esa noche no llevaría al pequeño, lo dejaría con mi madre. Por la noche mi Nico “no pegaba ni con cola” allí.

Fuimos a saludar a mis padres y cómo no, nos obligaron a quedarnos con ellos a cenar. Además, el pequeño ya estaba pidiendo dormir allí y mirándome con cara de pena.

—Deja que se quede hombre, ¿no ves la carita que pone? —preguntó mi madre.

—Sí, pero ya te estás dando cuenta de que se las sabe todas y como le demos cuerda nos va a dar coba en vuelta de un año—respondí.

—¡Y antes! —añadió mi padre, muerto de risa.

¿No me echaba de menos? Esa pasión que tenía con mis padres era enfermiza, pero como sabía que a ellos los hacía los seres más felices del planeta, no me importaba. Aparte eran vacaciones y era la ocasión ideal para que mi niño disfrutara de sus adorados abuelos.

Antes de irme, ya sabía que me tocaba un poco de “interrogatorio”. Mentiría como un bellaco si dijera que mis padres eran unos metomentodos o algo parecido, pero un poquillo sí que les picaba la curiosidad.

—¿Qué les ha parecido Nico a las chicas? —preguntó mi madre, muy diplomática, porque en realidad su interés se centraba en Lola.

—Muy bien. Les ha parecido un amor. Y si lo hubieras visto allí en su salsa, mamá, te lo comes. Era el “rey del mambo...”

—Si es que tiene mucho salero mi nieto. Entonces a esa chica, Lola, ¿le gustan también los niños?

—Debe ser mamá, porque con Nico “pierde pie”. ¡Si hasta ha comido en su falda!

—¿En serio me lo dices? Me gusta escuchar eso, hijo. Ya sabes que nunca me he metido en tus asuntos amorosos, pero ahora es diferente...

—¿Y eso? —pregunté por escucharla un poco porque podría haber adivinado cada una de sus palabras.

—Porque ahora la chica que esté en tu vida lo estará también en la de mi nieto y deseo con todas mis fuerzas que sea una persona que llegue a quererlo tanto como lo queremos nosotros.

—Mamá, ya sabes que yo lo tengo muy presente. Observo cada detalle y las señales no pueden ser mejores...

—Pues no sabes hasta qué punto me dejas tranquila, hijo. No te entretengo más. Anda despídete de Nico y descansa.

Me despedí del peque que me decía “adiós” con la mano a modo feliz. Yo negaba mientras me lo comía a besos y pensando que no podía ser más bonito, pero tampoco más cobista.

Llegué a mi casa y me duché, me tiré en el sofá y me puse a pensar en esos días tan imprevistos y bonitos que estábamos pasando con aquellas chicas. En mi caso, sobre todo con Lola, esa mujer que por minutos me estaba robando el corazón.

Me puse a bichear su Facebook y es que me tenía que reír. Cada uno de sus posts me sacaba una sonrisa. Sus bromas, ironías, fotos... pero todo de un buen rollo impresionante. Se notaba que sus amigos la querían. Interactuaban mucho con ella y por los comentarios daban a entender que eran

personas que la conocían de verdad.

Me estaba planteando invitarla a cenar uno de estos días a solas, aún no había tenido posibilidad y me apetecía mucho. No tenía ninguna duda de que a ella también, así que solo era cuestión de dar el paso.

Por eso los había invitado a comer en mi casa el día uno, para intentar entre medias tener una cita con ella. Además, me rondaba por la cabeza la idea de hacerle un regalo de Navidad. Quería comprarle algo especial uno de esos días. Me apetecía y mucho. Para mí había supuesto un regalo el conocerla y yo debía corresponder haciéndolo otro a ella.

Me acosté acordándome de los momentos en su casa y la pasión que tenía con Nico. Eso era algo que me encantaba y resultaba primordial. Mi hijo tenía que entrar por los ojos primero. De lo contrario, ni me molestaría en conocer a la persona, más que nada porque Nico y yo teníamos un lazo tan fuerte que éramos uno mismo, íbamos juntos en el mismo paquete.

Esas Navidades estaban siendo además de preciosas de lo más divertidas y moviditas, cosa que me apetecía. Hacía mucho que no salía tan seguidamente y me lo pasaba tan bien.



# Capítulo 6



Desperté y me tomé un café. Me vestí y bajé a por Nico. Llevaba la sillita ya porque quería salir de paseo con él. Me encantaba que tomara el fresco y el sol de la mañana.

Salimos a la calle con mis padres a pasear y de compras. Mis padres se estaban volviendo locos con los Reyes de Nico. Todo lo que señalaba lo encargaban para recogerlo en otro momento.

A este paso no sabía dónde íbamos a meter tantos tuestos y eso que tenía una habitación en casa de mis padres y otra en la nuestra.

—Me lo vais a malcriar. No puede ser. Se va a acostumbrar a tener todo lo que quiere y...

—¿Y no te pasaba a ti igual de pequeño con tus abuelos? Y no por eso te has hecho un tirano ni nada parecido, hijo. Si el niño lo exigiera, otro gallo cantaría, pero es más bueno que el pan. Él solo “sugiere” con su dedito— dijo mi madre.

—Y todo lo que “sugiere” lo tiene en un santiamén. Es una especie de “Rey Midas” pero de los juguetes—dije riendo.

—Deja que tu padre y yo podamos mimarlo un poquito, hijo. Es nuestro único nieto...

—Vale, vale, mamá. ¿A quién va a salir tan zalamero el niño? Es su abuela, clavadito—dije, causando la risa en mis padres y en Nico, que se reía como un muñequito de esos de repetición...

Me quedé mirando una joyería que tenía en el escaparate una preciosa pulsera de una firma muy conocida. Entré a preguntar y la cogí en mis manos y al verla sobre la muñeca de mi madre dije que me la llevaba.

Ella no me preguntó nada en especial. Era así de discreta, pero sonreía y asentía, animándome a hacerlo. Lo único que le importaba al respecto ya lo habíamos hablado la noche anterior y se había quedado muy tranquila.

Me la prepararon en su cajita y me la envolvieron. Luego la metieron en la bolsita de la firma. Me daba a mí que era muy del estilo de Lola y ojalá que no me equivocara porque deseaba sorprenderla gratamente.

Ya tenía el regalo, ese que intuía que le tenía que hacer para que tuviera de recuerdo, pero la cosa no quedaba ahí...

—Hijo, mira que foulard más bonito, vivo y elegante. Quedaría muy bien como complemento a la pulsera — sonrió señalándolo.

—La verdad es que sí—sonreí también, emocionado.

—Nos lo llevamos —dijo mi madre. Estaba por la labor de ayudar y se notaba a la legua.

Mi padre estaba fuera con el peque en la sillita. No tardaron en prepararlo y salimos de aquel elegante establecimiento en el que había resuelto la papeleta de qué regalarle a Lola.

Pasamos la mañana de compras y luego fuimos a almorzar a un restaurante de carne que nos encantaba. Siempre pedíamos un pan con alioli de entrante que estaba “que quitaba el sentido”.

Pedimos un surtido de carne ibérica a la parrilla. Nos gustaba comer y en aquellas ocasiones que salíamos juntos hacíamos gala de nuestro buen apetito.

Al pequeño le cortamos todo en trozo chiquitines y se dio un festín. Tenía un paladar de alucinar, no le hacía ascos a nada y lo mejor de todo que nombró varias veces a “mamá” y mis padres que eran conocedores de la historia se reían negando.

—Bueno, bueno, parece que alguien más está encantado con esa chica—dijo mi padre, que en esas cuestiones no era hombre de muchas palabras pero que cuando hablaba sentenciaba.

—Oído cocina, papá—dije, riendo y pensando que todo iba sobre ruedas.

—Sabes que siempre que quieras salir hijo....

—Sí mamá, lo sé. Cuando quiera salir, vosotros hacéis el “esfuercito” de quedaros con Nico— dije riendo, cosa que ellas también terminaron haciendo y hasta el mismo Nico, que no paraba de repetir su nombre entre risas.

Tras la comida nos fuimos a tomar un café, las calles invitaban a disfrutarlas. Eran unos días muy señalados y el ambiente los hacía más especiales aún. Estábamos súper contentos y queríamos aprovechar.

Llegó el momento de regresar y el peque se quedó con mis padres. A este paso les daba la custodia, pensé bromeando.

Me duché cambié y salí hacia casa de Alex. Las chicas no habían llegado aún y aproveché para contarme cuánto le gustaba Carmen, lo mismo que a mí Lola.

—Yo no sé qué tiene esta Carmen, pero a mí me ha embrujado—dijo, divertido.

—Pues lo que tenga es lo mismo que Lola, porque yo no hago otra cosa que pensar en ella. Me paso el día contando las horas para verla...

—Creo que son unas chicas que merecen la pena de verdad, ¿a que sí? —preguntó Alex, casi a modo retórico.

—Va a ser que sí porque lo que más mola de ellas es que son auténticas y sencillas. Nada que ver con algunas de esas estiradas que hemos conocido en ocasiones y que van con una estrategia que “huele a chamusquina” desde lejos.

Había pensado lo mismo que yo, invitarla a cenar a solas, así que le dije que soltara luego algo en broma y así se hablaría del tema. Él invitaba por su cuenta a Carmen y yo a Lola y así, todos contentos.

No tardaron en llegar, sonrientes, con una botella de vino en la mano cada una. Traían unas ganas de pasarlo bien que no escondían y sus miradas eran de haberse hecho las mismas confianzas que nosotros.

Alex les enseñó el piso y Carmen bromeaba diciendo que se veía viviendo en un sitio así, cosa que ese comentario a mi amigo le hizo soltar una sonrisa que no se le quitó en toda la velada.

—¿Me lo dices o me lo cuentas, encanto? Yo te haría sitio con gusto...

—¿Y a sus dos mil pares de zapatos también? —preguntó Lola, muerta de risa...

—¡Calla loca, que me los vas a espantar! Y además no tengo tantos— dijo, decidida.

—Es verdad. Soy una exagerada. Solo tiene unos novecientos noventa y nueve, pero eso es una menudencia de nada—seguía diciendo, haciendo todo tipo de gestos para acompañar a sus palabras.

—¿Tú nunca has pensado en meterte a monologuista, mona? —le preguntó Carmen.

—Alguna vez...— le respondió ella con sus características tablas...

Nos reímos mucho durante la cena sobre todo cuando Alex comenzó a soltar pildorazos de quedar por separado la noche siguiente. Las chicas no tardaron en aplaudir emocionadas, diciendo que ya era hora.

—Pues si ya era hora también lo podíais haber propuesto vosotras, que cuando queréis, bien que le dais “a la sin hueso” —dijo Alex, con ganas de buscarlas...

—¡Sí hombre! En eso estábamos pensando nosotras. Y perdernos la cara que pondríais cuando lo empezara a soltar, así como quien no quiere la cosa...

—¡Sabéis más que los ratones colorados, jodidas! Os gusta quedaros con nosotros...

—¿Quedarnos con vosotros? Bueno eso será dependiendo de los méritos que hagáis para ello— dijo Lola, buscándole el doble sentido a mi frase y chocando los cinco con Carmen, que asintió a sus palabras.

Las chicas estaban decididas como nosotros, es más, por sus gestos y miradas era algo que habían hablado seguro y eso nos complacía.

Yo si algo tenía claro y cada vez más, es que quería seguir conociéndola. Lola tenía algo que enganchaba y que me atraía más de lo normal, además de todas las sonrisas que me sacaba.

A Alex le pasaba igual. Se transformaba frente a ella, su rostro se relajaba, disfrutaba el momento, le encantaba buscarle las cosquillas y hacerse el irónico, lo mismo que a ella. Se notaba mucha complicidad por ambas partes.

Me reprocharon que no hubiera llevado a Nico. Lo hicieron varias veces, pero como ya les dije, por la noche él debía dormir, no lo sacaba a la calle.

Alex tenía un salón, pero una parte de él consistía en una especie de sofá más firme, a modo esquinera y una amplia mesa en el centro. Se podían sentar diez personas.

—Tienes un tinglado muy bien montado, bandido—le dijo Carmen, volviendo a la carga. Aquí cabe más gente que en una película romana....

—Desde luego, es que tenéis unas cosas... Nunca habíamos conocido a dos personajes como vosotras. Sois como...—dijo Alex.

—Como “Los Morancos” pero en chicas, ¿no? Eso es lo que quieres decir... No es la primera vez que lo escuchamos— le interrumpió Lola, embalada.

—No. No se me hubiera ocurrido eso en la vida, pero ahora que lo decís...—añadió él, alucinando en colores con sus salidas.

Estuvimos ahí todo el tiempo. Alex había preparado para cenar una pizza gigante hecha por él y una pasta a la carbonara que estaba deliciosa. Además, ya apetecía comer algo diferente a lo típico de aquellos días y de los que faltaban aún por celebrar.

—Entonces no era una leyenda urbana, Carmen—dijo Lola, en un arrebató de los suyos...

—Miedito me da—dije, preparándome para echar unas risas...

—Iba a decir que hay chicos que saben cocinar y que ni siquiera alardean de ello. Impactadita me he quedado—terminó de decir, volteando los ojos y arrancando nuestras carcajadas.

Había servido un rico Lambrusco, un vino italiano afrutado que estaba riquísimo, de esos que pierdes la noción, te lías a beber y beber, pero luego pagas las consecuencias con una resaca monumental.

—Vamos de una en otra. Creo que cada vez somos un poco más tolerantes al alcohol porque llevamos unos días “empinando el codo” que da gusto...

—Sí. Son fechas que invitan a todo. Lo malo va a ser volver después a la cruda realidad, con un montón de trabajo de esos que son más altos que el culo de un Avatar—dijo Carmen.

—Calla loca. No mientes ruina, ahora que “estamos tan a gustito...” —canturreando como Ortega Cano en la boda de Rociíto. ¡Si hasta parecía que se le había hinchado la vena del pescuezo y todo!

Estuvimos allí hasta la una de la noche. Ya habíamos quedado que al día siguiente Alex recogía a Carmen y yo a Lola. Las miradas durante la noche entre las dos parejas habían ido subiendo de intensidad al tiempo que bajaba el contenido de nuestras copas.

Acompañé a las chicas hasta su casa, nos despedimos en la puerta y quedamos en vernos al día siguiente. No pude evitar mirar si Lola se daba la vuelta para verme marchar y comprobé con ilusión que sí lo hizo.

Me fui emocionado. Por fin iba a tener mi cita con ella y le iba a poder dar su regalo, ese que guardaba con tanto recelo e ilusión por entregárselo cuanto antes, pero claro, a solas.

Reí pensando que de nuevo la noche siguiente se quedaría Nico con sus abuelos. Ese sí que estaba en su salsa. No había cosa que más le gustara en el mundo. Además, llevaba desde septiembre sin dormir apenas allí, excepto algún fin de semana. Cuando llegaba la guarde y la rutina, era prácticamente mío solo.

Esa noche estaba más feliz que la anterior. Saber que íbamos a estar a solas Lola y yo, me hacía permanecer tirado en la cama sonriente, sin poder dormir, comprobando cómo pasaban los minutos...

Los nervios se habían apoderado de mí y estaba un poco alterado y con muchas ganas de que llegara la hora y el momento en la que la tenía que recoger, sobre todo por mi paz mental, que

estaba empezando a resultar tocada.

Me puse a bichear de nuevo su Facebook. Había colgado fotos en pijamas con Carmen del día que comimos en su casa. Salían ellas solas, las imágenes eran muy divertidas, como eran ellas en su propia esencia.

Habían sido discretas, aunque me hubiera dado igual que lo hicieran de otro modo. Sentía ganas de gritar a los cuatro vientos lo que sentía.

Apagué la luz y bloqueé el móvil. Si me ponía a mirar las fotos de ella, no dormiría en toda la noche y necesitaba estar lúcido para afrontar el día siguiente.

# Capítulo 7



Desperté temprano. Ni me cambié, bajé a desayunar a casa de mis padres, ya el pequeño estaba feliz con su biberón. Si algo me tranquilizaba en la vida, era que con ellos no podía estar en mejores manos.

Lo senté en mi falda mientras desayunaba. Él me miraba como siempre, con atención, mientras hablaba.

—Mamá. Tengo noticias que te van a complacer. Esta noche vuelves a tener nieto, pero ahora me lo llevo a la calle, así que, ¡nos vamos! —dije, alegremente.

—Genial. Ya sabes que nada me pone más contenta. ¿Otra cita?

—Sí, pero esta vez con ella sola. Es la primera vez que la veo fuera del grupo, así que aprovecharé para darle los regalos que compramos y creo que tendré la oportunidad de conocerla algo mejor.

—Eso está genial, hijo —dijo emocionada secándose las manos y sentándose a desayunar. Ella estaba cien por cien por la labor de que yo encontrase a alguien.

—Eso sí, ahora subiré con el niño, nos cambiaremos y lo quiero llevar al parque infantil navideño. Estoy deseando que se divierta un poco.

—Claro ¿vendréis a comer? Lo digo por saber con cuántos platos contar, pero sin compromiso, hijo.

—No creo, cuando vuelva serán las cinco o las seis de la tarde. En ese momento ya te lo dejo en exclusiva para que te encargues de él. No te preocupes—dije, guiñándole un ojo.



—Genial—dijo feliz.

Terminamos de desayunar y subimos a cambiarnos. Lo abrigué bien y lo monté en la sillita. Ahí estábamos los dos, rumbo a pasar un día de fábula.

Nos fuimos a pasear por unos mercados navideños, a él le encantaba curiosear entre esos coloridos puestos, repuestos de género. Le llamaba mucho la atención e iba aplaudiendo.

Se quedó mirando un ciervo que colgaba de un árbol de Navidad. Me hizo señas para que lo bajara. En su inocencia, no entendía que no era de verdad. Parecía preocupado y aunque continué avanzando, el seguía con el cuello hacia atrás señalando al árbol.

Lo monté en un caballo de un carrusel y me puse al lado sujetándolo. Iba diciéndole adiós a todo el mundo de forma descarada. La gente se paraba para saludarle y esperarlo a que diera la vuelta, se ganaba a las personas de una forma impresionante.

Recuerdo que, cuando lo adopté, siempre pensaba cuál sería su carácter, cómo sonaría su voz, cuáles serían sus reacciones... Y no tardé mucho en poder comprobar todas y cada una de aquellas cosas...

Seguimos paseando y todo le llamaba la atención. Además, había escenarios de nieve y eso le ponía de lo más nervioso, comenzando a aplaudir. No podía ir más entusiasmado.

Lo dejé un poco corretear por una plazoleta detrás de las palomas. No daba abasto para correr detrás de unas y de otras y le costaba encajar que no se dejaran atrapar entre sus manitas.

Era un niño muy feliz. Lo mejor es que no necesitaba mucho para disfrutar y yo intentaba que lo hiciera con cosas que no tuvieran que ver con la tecnología, no era algo que me pareciera propio de su edad.

A menudo pensaba en todo lo bueno de mi infancia y no le ponía un móvil delante. A lo sumo, los dibujitos en la tele, quería que inventara cómo distraerse, que disfrutara con un cochecito tirado en el suelo por la casa, ese tipo de juegos que parecen estar perdiéndose.

Disfrutar de aquellos momentos de Nico me hacía sentir el hombre más pleno del mundo. Me

encantaba que me pidiera unos gusanitos, una chuche, algún capricho, por muy tonto que fuera. Era mi hijo y poderlo complacer de forma moderada me hacía sentir vivo.

Lo mejor de Nico es que era muy bueno, inquieto, pero sin ser pesado. Se podía pasear con el tranquilamente por la ciudad. Además, disfrutaba admirando todo aquel panorama, con tanto color y música.

Nos metimos diez minutos en un lugar preferido de juegos con bolas. Estaba emocionado lanzando pelotas para todos lados y saltando sobre ellas. Logré captar unas imágenes de lo más dinámicas y bonitas.

—Mira hacia aquí Nico. A ver, lanza ahora la bola, ¿hasta dónde puede llegar?

—“Lejozzzz” —decía él en su propio idioma, ese que tanto me cautivaba.

—¡Cielos, eres todo un campeón!

—“¡Soy un campeón! —exclamaba, preso del entusiasmo.

—¿Nos vamos ya? Tenemos todavía muchas cosas que ver y hay que comer... ¿Tienes hambre, mi niño?

—Hambre, hambre, hambre—respondió mi pequeño “pocito hondo”, para quien el momento de la comida era sagrado.

Almorzamos en una hamburguesería. Él tomó un menú infantil. Rebosaba felicidad, montándose en el parque ubicado en su interior. Se lo pasó pipa, después nos fuimos a ver otro mercado navideño, se quedó dormido por el camino un buen rato.

Cogí una bola de cristal con un muñeco de nieve dentro de esas de toda la vida, que captó poderosamente la atención de Nico y la compré para nuestra casa. De nuevo, aplaudía emocionado, esta vez por mi gesto.

—¿Te gusta la bola que hemos comprado, mi niño?

—Sí, la ha “compado” Nico—decía y yo me tiraba al suelo.

—Papá también tenía esas bolas cuando era pequeño y pasaba horas mirándolas Nico...

—Papá no era pequeño, papá es “gande...”

—No, pero papá era pequeño antes que grande, era como Nico.

—No papá es “gande” y Nico ya también “gande” —decía. Era la monda...

Paramos en un kiosco de libros y decidí comprarle unos cuentos de Navidad para contárselos uno de esto días antes de dormir o en cualquier otro momento. A él le encantaba que mis padres o yo le leyéramos aquellos cuentos.

—Nico, en cuanto empiece la guarda, papá va a volverte a leer uno de esos cuentos cada noche, antes de dormir...

—No, papá lee cuentos a Nico, pero la guarda ya no está. La guarda se ha ido, “lejoz, lejoz...”

Era un crack. Por Dios que lo era. Nunca pude imaginar que lo pasaría tan rematadamente bien cuando tuviera un hijo. Yo procuraba dárselo todo, pero a cambio recibía lo más grande de mi vida...

Compré en un kiosco de madera un chocolate caliente. El pequeño le dio varios buches, sonriendo de placer. Yo me imaginaba que eso lo iba a poner como una moto y ahora le tocaba a la abuela aguantarlo, sonreí al pensarlo.

—Ya, Nico, que te vas a atragantar. Poco a poco mi vida, que no te lo va a quitar nadie,

—Nadie, nadie, chocolate es de Nino—repetía a modo de disco rayado.

Se le antojó montarse en un tren que paseaba por el centro de la ciudad. Siempre que lo veía pasar aplaudía y señalaba, así que ahí me monté media hora para hacer feliz a mi hijo y que fuera saludando a todos los viandantes que se cruzaban con nosotros.

—Mira Nico, ahí viene una señora como la abuela, ¿qué le dices?

—Hola “zeñora” como la abuela....

Era tronchante. Por un momento me imaginé en aquel tren, con Nico a un lado y Lola al otro y la idea me hizo sonreír.

El día había sido intenso. El peque iba agotado ya, no podía con su alma y los ojos se le iban cerrando. Por mi parte, contaba con la satisfacción de haberle hecho pasar una jornada espléndida.

Tenía claro que cuando lo duchara mi madre, iba a caer redondo. Ni cenar querría, pero con todo lo que había comido a lo largo del día no me preocupaba que no lo hiciera.

Lo llevé a casa de ella. Me tomé un café en compañía de mis padres y les conté todas las anécdotas del día.

—Ya sabes que me encanta escuchar todo lo que hacéis juntos y lo bien que lo pasáis, mi vida, pero mucho me temo que se te va a hacer tarde. ¿Tienes ya pensado lo que te vas a poner?

—Sí mamá. No te preocupes.

—En el caso de que vayas con prisa, bájame lo que sea que te lo plancho en un abrir y cerrar de ojos. No me cuesta ningún trabajo.

—Te lo agradezco de corazón, pero ya lo tengo todo preparado y dispuesto y voy bien de tiempo. Está calculado perfectamente.

—Eso también lo has heredado de tu padre, Marc, ¡me causan risa esas personas que piensan que un hombre solo no sabe organizarse!

—¿Todavía quedan mentalidades de esas, mamá? ¿No es un mito?

—No hijo, sin ir más lejos algunas de mis amigas piensan así y yo siempre trato de “bajarlas del burro”, poniéndoles tu ejemplo.

—Me vendes muy bien mamá. Déjame decirte que “se te ve el plumero”, pero en el fondo me mola tela...

—No es pasión de madre, Marc. Sabes que no me gusta regalarle el oído a nadie. Ni siquiera a ti, que eres mi hijo. Soy objetiva y digo lo que veo.

—¿Y qué ves? Anda hazme engordar tres kilos de repente, para que lleve altito el ego esta noche.

—Pues veo que te has convertido en el hombre que siempre quise que fueras Marc y eso me enorgullece.

—Eres un cielo mamá. Muchas gracias, pero también tengo mil defectos...

—Como todas las personas, hijo mío, pero “lo cortés no quita lo valiente...”

—¿Y para el padre que lo hizo no hay ni un halago?

Miramos y ahí estaba el abuelo, jugando con Nico, pero con la oreja puesta y haciéndose el celosillo.

—El padre que lo hizo es el hombre con el que quiero levantarme y acostarme todos los días de mi vida, ¿te parece poco?

—Bueno, según se mire, porque igual es que se te ha pasado el plazo de garantía y no te diste cuenta, Sofía...

—Pues igual es eso, marido—contestó ella, con aquellos ojos amorosos que reconocería entre un millón.

Me despedí de los tres. El niño cómo no, con esa mano feliz echándome de allí. Cuando comenzara la guarda se le acabaría la fiesta. Mientras, que disfrutara.

—Mamá, os veo por la mañana. Mil gracias por todo...

—Hijo, a ver cuándo se te quita la costumbre de darnos las gracias por hacer lo que más nos gusta en el mundo a tu padre y a mí: quedarnos con nuestro nieto.

—Tienes razón, ¿te he dicho alguna vez que eres la mejor madre del mundo?

—Muchas, pero me encanta escuchártelo, mi vida. Nico, tú y tu padre sois lo más grande para mí.

Subí a mi casa y me senté un poco a revisar el Facebook de Lola. Quería ver si había publicado alguna actualización, pero no, no había puesto nada.

Me duché relajadamente. Estaba emocionado porque se iba acercando el momento más esperado desde que la conocí.

Esperaba que le gustara mi regalo y no se lo tomara a mal, que no tenía por qué hacerlo, pero cualquier cosa relacionada con ella me ponía nervioso y quería que le gustara tanto como a mí al comprarlo.

Me puse una camisa color tierra con un jersey marrón encima. Me miré al espejo y sonreí. Me veía bien, pero siempre pensaba lo mismo ¿ella me vería con los mismos ojos?

Me puse el perfume que reservaba para las ocasiones. Era “el especial” como yo decía, pero ese día era una de ellas, ¡y tanto!

Salí de mi casa nervioso, con los regalos en las manos, imaginando qué le diría cuando la viera y se lo diera. Estaba medio tembloroso, pero sabiendo que mi madre era una mujer de grandes gustos, tenía claro que había acertado con los regalos y que a Lola le gustarían, ese era mi deseo.

El camino se me hacía largo. Las ideas bombardeaban mi cabeza, hasta el simple hecho del saludo lo imaginaba de mil maneras como si fuera la primera vez que la viera.

¿Cómo era posible que, cuando uno sentía esas intensas mariposas en el estómago, hasta lo más simple diera que pensar? Me reí pensándolo y a continuación me percaté de que debía parecer un bobo riendo solo por la calle. Y más me reía.

# Capítulo 8



Llegué a recogerla y salió preciosa, estaba sonriente... Por muy bonita que pudiera haberla imaginado, aquello sobrepasaba mis expectativas.

—Estás muy guapa —le di un beso en la mejilla.

—Gracias, tú también — me hizo un guiño sacándome la lengua.

Anduvimos hasta mi coche, lo tenía cerca aparcado. Nos fuimos a las afueras de la ciudad, a una aldea que había un restaurante de piedra con la mejor comida y los mejores rincones en su interior.

Ella se merecía lo mejor y yo deseaba fervientemente que se sintiera mimada, que notara que para mí era especial. Y con aquella decisión estaba más cerca de lograrlo.

Nos dieron una mesa en un lugar reservado, con una chimenea cercana. Se estaba de lujo, todo hecho de piedra, las llamas como fondo.

El ambiente no podía ser más agradable y la compañía era inmejorable. Sin duda, un momento especial donde los hubiera.

Veía a Lola nerviosa y rezaba porque fuera por sentir esas cosas que yo sentía cuando estaba con ella.

Pedí dos copas de vino y encargamos un surtido de carnes a la barbacoa acompañada con patatas fritas. Comida “para parar un tren”, y cenar a lo bestia, pero la ocasión lo requería.

Le dimos un trago a la copa de vino después de chocarla a modo brindis.

—Te compré dos detalles. Me gustaría que lo tomaras como un regalo de Navidad. Me encanta sorprender a las personas que forman parte de mi vida en estas fiestas y sin esperarlo tú has pasado a ser parte de ellas.

—¿Me quieres hacer llorar? Soy muy sensible, aquí donde me ves.

—No, por favor, no es mi intención — dije mientras ella abría la primera bolsa y sacaba la caja con la pulsera de “*Pandora*”.

—No debías haber comprado algo así, es demasiado Marc— dijo en un intento de ponerla y yo la ayudé. Con menos habría sido suficiente.

—Me apetecía —sonreí y le puse la otra bolsa para que la abriera.

Cuando descubrió el foulard se quedó encantada. Se lo dejó caer sobre los hombros y le quedaba precioso, como todo lo que lucía.

Lola me agarró las manos emocionada y me las apretó mirándome a los ojos. Era una mirada de esas que no necesita ir acompañada de palabras.

—Todo es precioso, pero el regalo más bonito que me diste fue nuestro hijo—soltó bromeando, siendo ella misma, eso que tanto me gustaba. Me provocó una risa de esas flojas imposible de frenar.

—Todo tuyo también, pero vas a tener que competir con la abuela —sonreí dando un trago a la copa.

—Ya lo estoy consiguiendo —me hizo un guiño —De verdad, muchas gracias, no me lo esperaba y no me siento merecedora de ello, pero lo cuidaré mucho como recuerdo hacia a ti.

—Eso quiero — sonreí.

—La verdad es que pensé en comprarte algo y lo hice, por sentir que te debía un regalo de Navidad, pero no encontraba el momento de dártelo y pensé en hoy —abrió su bolso ante mi



asombro— aunque te adelantaste.

Me quedé sin palabras, sostuve aquel paquete y lo abrí con cuidado. Me sorprendí al comprobar que era una pulsera también de la marca “*Viceroy*”. Y muy de mi gusto.

Era preciosa de cuero y plata, con un nudo marinero, me encantó. Hasta aquel momento no solía usar nada más que una pulsera de hilo rojo que llevaba de un viaje que hice a la India, pero me la puse junto a ella y sabía que ahí se iba a quedar por mucho tiempo.

Se lo agradecí de mil amores. La verdad es que no esperaba que ella hubiera pensado en mí de la misma forma que yo en ella. Además, habíamos coincidido en lo de la pulsera ¿sería eso una señal?

—Me has dejado de piedra, bonita. No sabes la ilusión que me ha hecho. No pensaba que...

—Y tú a mí igual Marc. Ha sido una sorpresa preciosa y muy de mi gusto, ¡para que luego digan que los hombres no saben escoger regalos! Eres un sol...

Repentinamente noté que mis orejas comenzaban a enrojecerse y me quedé cortado. Ella debió darse cuenta y soltó una risilla de lo más graciosa que me contagió en cero con dos...

—No te rías, jodida. Me pasa de vez en cuando. Más que nada cuando...—enmudecí de repente, al constatar que “me estaba metiendo en la boca del lobo”.

—Cuando, ¿qué? —preguntó curiosa.

—Tú ya me entiendes, dije—tratando de esquivar la respuesta como podía...

—No te entiendo. Soy muy torpe. Lo siento me lo tendrás que aclarar un poco—dijo, con ganas de buscarme...

—Cuando estoy un pelín nervioso—añadí riendo y saliendo del atolladero como podía...

—¿Y yo te pongo nervioso? —preguntó ella, divertida.

“Tú me pones” y punto pensé yo. Pero no iba a soltar aquella brutalidad allí mismo. No con una

mujer con la que deseaba mucho más que una aventura o un polvo pasajero.

—Bueno una mijitilla—dije, provocando sus risas...

Dijéramos lo que dijéramos, lo cierto es que eran nuestras miradas las que hablaban. La complicidad crecía por momentos y la química se notaba a diez kilómetros a la redonda.

La cena fue preciosa. Me contó muchas cosas de su vida, yo de la mía, se notaba a las claras el interés por saber el uno de la vida del otro...

Me alucinó la forma en la que se interesó por las razones que me llevaron a adoptar a Nico.

—¿Cómo tomaste esa decisión? Perdóname si me meto donde no me llaman, pero es que reconozco que la curiosidad al respecto me puede...

—Pues muy sencillo. Desde jovencillo he pensado que era un tío con suerte. Tengo unos padres maravillosos y mi casa siempre ha sido un bálsamo, sin ningún problema...

—¿Y?

—Y eso me hizo pensar que, si el universo había sido así de generoso conmigo, quizás yo pudiera hacer algo por colmar de felicidad a alguna personita a la que la vida no hubiera sonreído hasta ese momento.

—Es una de las cosas más bonitas que he escuchado en mi vida. Además, la decisión de hacerlo solo es muy valiente, ya te lo dije el día que te conocí, con el niño de la mano.

—Sí, es cierto que me lo dijiste y además de una forma que me hizo desternillarme...

—Ya me vas conociendo. Tengo muchos defectos, los irás descubriendo. Por ejemplo, soy “terca como una mula” pero también transparente e impulsiva y voy con la verdad por delante.

—Es algo que se detecta. Créeme que sí... Bueno y en respuesta a lo me decías, lo hubiera hecho exactamente igual de estar solo, pero en mi caso cuento además con la ayuda inestimable de mis padres.

—Que estarán con él...

—Embobados. Están literalmente embobados. Es una auténtica gozada. Aparte, lo de que seamos vecinos me ha resultado muy práctico con el tema del niño. Y esa es otra...

—¿Otra? Sí, te cuento. Somos vecinos porque ellos rehabilitaron ese edificio y me regalaron el piso en el que vivo. Eso me ha permitido disfrutar de una solvencia económica que...

—Que todavía te empujaba más a ayudar a alguna personita, ¿no?

—Exacto. Y después vino la sorpresa...

—¿Sorpresa? Sí, porque ayudándole a él, no sabía hasta qué punto me estaba ayudando yo mismo. Lo digo por la cuestión de que Nico me ha enriquecido como persona de una forma brutal...

Ella se emocionó y todo, lagrimeó y me sacó una sonrisa con su parte más sensible.

Cada vez me sentía más a gusto con aquella preciosidad y, por la parte que tocaba a su sensibilidad con mi niño, más y más seguro. Y no podía imaginar cuántos puntos ganaba conmigo yendo por ese camino.

De la cena nos fuimos a tomar algo, pero en plan tranquilos...

—Podemos ir al pub de un amigo. Es muy tranquilito. El ambiente resulta súper agradable y la música está a un tono justo para disfrutar de ella, pero también de la conversación—me dijo.

—Pues ya estamos tardando en poner los pies allí. Es precisamente en el tipo de sitio en el que estaba pensando. No sé si te pasará lo mismo, pero yo cada vez huyo más del bullicio y de la música estridente—añadí.

—¡Ya te digo si me pasa! Además de darte una paliza mental de aúpa, esos sitios te dejan con la voz más ronca que un tractor viejo... Al día siguiente, no puedes ni hablar...

Estábamos de acuerdo en muchas cosas y eso me complacía. La afinidad se hacía más y más patente por momentos...

La charla se iba animado y, nos pasó en varias ocasiones que uno se adelantaba a lo que iba a decir el otro, cosa que provocaba nuestras sonoras risas.

—¿Toca retirada? —me dijo en un momento dado...

—Va a ser que sí porque las horas pasan volando a tu lado y el caso es que conozco a un pequeñuelo que mañana va a querer marcha desde primera hora.

—Es que es un verdadero amor. Está “sembradito” el pequeñajo...

Después la acompañé a casa y en la puerta la besé al despedirme. Tras quedarnos mirando, hablando con las miradas, tuve la necesidad de hacerlo y lo hice...

Ella me respondió, esperándolo. Se notaban sus ganas. Se agarró a mi cuello y reaccionó a esos cortos y suaves besos. Buscaba muchos más y estuvimos unos momentos sin hablar, besándonos, hasta que, agarrados de las manos nos despedimos quedando en hablar por teléfono.

Me fui a mi casa emocionado. No me podía creer que ya lo hubiera hecho. La había besado y lo mejor de todo es que ella había actuado con las mismas ganas que yo.

Pasé todo el camino recordando nuestras miradas cómplices, los momentos en que sin decirnos nada nos lo decíamos todo. Ese era el lenguaje corporal entre dos personas que habían conectado. Así lo entendí yo.

Llegué a casa exultante. Tenía ganas de abrazar a Nico, pero estaba con mi madre y obviamente a esa hora todos dormían. Desde que lo tenía me pasaba que, cualquier cosa buena, sentía la necesidad de compartirla con él.

Además, por la mañana lo recogería y me lo llevaría a algún sitio. Me gustaban esos días en los que podía disfrutar con él y hacerle partícipe de unos momentos llenos de magia para pasarlo con las personas que amas.

No podía dormir, los recuerdos con Lola me venían a la cabeza ¿me estaba enamorando? ¿lo estaba ya? No lo sabía, pero algo normal no era. Cuando esas sensaciones ocupan tu corazón y cabeza todo el tiempo, es mucho más que una amistad...

La había acabado de dejar en su casa y ya la echaba de menos. Eso solo se podía interpretar de una manera, estaba enamorándome de ella y la sensación que sentía me gustaba y mucho.

Me costaba coger el sueño. Tenía la sensación de que mi vida rondaba en torno solo a mi niño y a ella, paradójicamente a ninguno de los dos tenía en ese momento a mi lado para abrazarlos y los echaba en falta.

Debí decirle a Lola que viniera a pasear al día siguiente con nosotros, pero no me atreví...  
Todavía no nos conocíamos lo suficiente.

En esos momentos me sentía tonto por no haberlo hecho, pero quizás por la mañana le pondría un mensaje y le propondría pasar el día con nosotros y, en el mejor de los casos, ella aceptaría.

Entre pensamiento y pensamiento intentaba quedarme dormido, cosa que me estaba costando mucho trabajo. Mi mente volaba muy deprisa para lo tranquilo que yo era.

Dicen que la sensación de los primeros días del enamoramiento es tan fuerte que sus síntomas se asemejan a los de una enfermedad y que por eso no pueden prolongarse con la misma intensidad en el tiempo. Y pensé en que tenían razón.

Me levanté un par de veces, al baño, a tomar un vaso de leche... Estaba de lo más inquieto. No sabía qué hacer para tranquilizarme, luego me preguntaba qué era y resultaba obvio: no podía ser otra cosa más que amor.

## Capítulo 9



Me desperté temprano y bajé a casa de mis padres. Quería desayunar con ellos y con el niño. Estaba radiante y creo que mi madre, que tan bien me conocía, debió notarlo hasta antes de abrir la puerta.

Me hizo un interrogatorio de primer grado, pero con clase y disimulo, para eso era una artista. El pequeño tomaba feliz el biberón en mi falda mientras mi madre se enteraba de toda mi velada anterior incluido el beso...

—Entonces, ¿dices que le emocionaron tus regalos y que ella también tenía uno preparado para ti?

—Sí, mamá. Me cogió de sorpresa. Mira, ¿te gusta?

—Mucho, denota clase y, en cuanto al detalle de tenerlo preparado, interés. Me gusta hijo, me está gustando cada vez más lo que percibo. Siento buenas vibraciones...

Que mi madre dijera aquello, me tranquilizaba. Hasta la fecha nunca le había fallado la intuición con las chicas que habían pasado por mi vida.

Le mandé un mensaje a Lola y no tardó en contestar “que ya estaba lista”. Esa fue su respuesta. Reí enseñándosela a mi madre que sonreía y aplaudía feliz.

—Hijo mío o mucho me equivoco o es una candidata perfecta para ocupar tu corazón. Y nada me llenaría más que eso...

—¡El universo te escuche mamá!

—Te gusta mucho, ¿verdad hijo?

—Se nota tela, ¿no, mamá?

—Bastante, pero eso es bueno. Ya sabes que no me agradan las personas que van con escudos ni estrategias. No suelen ser “trigo limpio”. Lo hemos hablado muchas veces...

—Pues si algo tiene Lola es que parece ser lo que aparenta, mamá. Creo que es una persona sin dobleces...

—¡A por ella entonces, Marc! Persigue tus sueños, mi niño...

Mientras mi madre preparaba a Nico, yo subí a hacer lo propio. Un arreglo rápido para el que escogí una indumentaria cómoda y deportiva que nos permitiera disfrutar del día con libertad de movimientos...

Salí con la sillita dirección a casa de Lola “como una bala” y la recogimos. Estaba risueña, se comió a besos al pequeño y me quitó la sillita.

—Déjame a mí, anda que me hace ilusión tirar del carrito de mi niño —dijo con desparpajo.

—Todo tuyo—levanté las manos un poco mientras sonreía.

¡Cualquiera le decía que no! Lola imprimía carácter y esa era una de las cualidades que más me fascinaban de ella. Además, el gesto me llegó directo al corazón...

Nico reía feliz mirando hacia atrás. La miraba a ella, reía de verla hacer la payasa. A su vez, Lola ponía caras y Nico lloraba de la risa. Era todo un espectáculo...

—Hoy me tienes contenta —dijo a Nico a modo riña —Todavía no me has llamado “mamá” —le sacó la lengua.

—Deja que pase un rato, verás que te lo dice varias veces —puse los ojos en blanco. Está cogiendo confianza, después te va a dar lo tuyo...

—El problema va a ser que, como se lo diga a otra, la mato — rio con ganas.

—¿Qué otra ni otra? El chaval es listo y sabe bien que tú “eres jamón de pata negra” guapa—dije, sacándole yo la lengua, como solía hacer ella.

Paramos en un parque decorado para la Navidad. Lola lo cogió y se montó en un trineo que daba vueltas a modo tren. Yo me quedé con la sillita. Ellos me saludaban riendo al pasar. Estaban para comérselos, parecían madre e hijo. Ella se deshacía en atenciones hacia Nico y él se sentía “el rey de la fiesta”.

Les compré un algodón de azúcar y se lo comieron de lo más feliz, a modo guerra de quién cogía más. Les duró poco y terminaron pringados hasta las cejas. Yo no paraba de tomar fotos y sonreír viendo esa complicidad que tenían.

Anduvimos por dos mercados navideños. Le compramos una culebra de madera a Nico de esas que hacían formas. Iba de lo más entretenido en su sillita. En ese momento lo llevaba yo y Lola iba agarrada de mi brazo. Le di algún que otro beso furtivo. No era el momento de “darnos el lote”, pero sí de disfrutar de esos besos que tanto deseábamos.

Fuimos a comer a un restaurante asiático. A mí me gustaba y por lo que había descubierto a ella también. Cada vez averiguaba que teníamos más cosas en común.

El peque se puso morado de arroz. Le encantaba, pedía más y más. La verdad es que por el tema comidas no tenía ni una pega con él. Comía de todo, hasta la verdura le volvía loco.

—Ya veo que no le hace ascos a nada—decía Lola, mirándolo con amor...

—A nada del todo y, aunque es muy goloso y le premio con alguna chuchería, procuro que coma muy sano. Y él lo lleva fenomenal.

—¿Sí?

—Sí, verás...

—Nico, ¿qué llevas tú en la taleguita a la guarda?

—¿“Tomitos”?



—¿"Tomitos"? Saca el diccionario, please...

—Tomatitos. Es que acorta las palabras como le da la gana. Le apasionan los tomatitos esos pequeñitos, los sherry, y se los lleva en una pequeña fiambrrera muchas mañanas. E incluso también zanahorias cortadas...

—Vamos que tengo un niño de lo más sano—dijo ella, poniéndose las manos sobre la cara...

—Mucho...

—Y el padre, ¿también lo es?

—El padre, todo lo que puede. Aunque igual que a él me pierde el dulce, a diario procuro comer muy sano, ir al gym tres veces en semana y cuidar....

—Cuidar ese cuerpo tan bonito que te ha dado Dios—interrumpió ella, riendo...

—Gracias—dije, encantado de la vida—Pero vaya, ¡mira quién fue a hablar de cuerpo bonito! Si la madre que te parió debía ser pastelera...

—¿Y eso? —preguntó ella, deseando escuchar el resto...

—Corazón, porque un bombón como tú, no lo fabrica cualquiera...

—¡Ole y ole! —dijo, espetándome un fuerte y sonoro beso en la mejilla, ante la atenta mirada de Nico, que lo acogió con júbilo...

Lola se desvivía en su presencia. Estaba pendiente de él, limpiándole la boca, ayudándolo con el tenedor. Le sonría continuamente y me estaba comenzando a poner hasta celoso. Sonreí de pensarlo.

De allí nos fuimos a pasear y comprar unos dulces, decidimos pasar la tarde en mi casa, el peque estaba por ver...

Llegamos al bloque y mi madre abrió al escucharnos. Aproveché para presentarle a Lola. Nos hizo pasar y al final terminamos comiendo los dulces con ella y tomando el café, además de con mi padre.

Lola esta al principio algo cortada pero luego se fue soltando al ver lo abiertos que eran mis padres, además de entregados y cariñosos.

—Nos ha dicho Marc que trabajas en una editorial, ¿te gusta tu trabajo, Lola? Debe ser interesante—le preguntó mi madre, que sabía muy bien cómo romper el hielo.

—Sí, es emocionante. A estas alturas de la vida ya no me imagino haciendo otra cosa. Al principio, no tenía claro si me acostumbraría a trabajar en casa, pero con la vista retrospectiva, es estupendo.

—Me alegra escuchar eso, querida. El trabajo es una faceta muy importante en la vida de cualquier persona, junto con la familiar...

—Sí, también soy muy familiar. He tenido la suerte de ir a caer en una familia estupenda, como también es la vuestra, por lo que me ha contado Marc—añadió ella, en tono condescendiente.

—También me alegra saber eso, bonita y, respecto al granujilla de mi nieto, me ha comentado Marc que hace unas migas estupendas contigo. Si es que sabe más este chiquitajo...

—Es delicioso. Sencillamente delicioso. A mí me encantan los niños en general, pero este es que cautiva de lejos...

—¡Qué nos vas a contar a nosotros! Al abuelo y a mí nos fascina tenerlo cerca. No imaginamos ya la vida sin él. Nos traería “por la calle de la amargura” no poder disfrutar de Nico a diario...

—Pues por eso no tienes que preocuparte mamá. Lo más lejos que lo tienes es a tres metros de distancia y, hasta tiene habitación aquí. Sois pieza clave en su vida y lo sabéis...

Por supuesto, me quitaron a Nico. Eso lo di por descontado desde el momento en el que entramos en su casa.

—Ya lo habéis disfrutado lo suficiente. Hay que compartir—dijo, mientras nos daba un empujón hacia el rellano de la escalera y nos guiñaba el ojo.

—¿Me lo ha parecido solo a mí o...? —preguntó Lola, riendo a mandíbula batiente.

—No, no ves visiones ni nada de eso. Nos lo ha quitado aposta para dejarnos “vía libre...”

—¿Eso significa qué...?

—Que les has encantado porque, de otro modo, nos lo hubieran dejado “de carabina” —contesté, riendo...

—Y él, tan campante. Anda que no nos ha dicho contento “adiós” con la manita.

Subimos a mi casa y preparé un té. Aunque soy muy ordenado, había pensado en aquella posibilidad antes de salir por la mañana, por lo que lo había dejado todo impecable y colocado unas varitas de incienso mientras me arreglaba, cuyo olor resultó muy agradable, al abrir la puerta...

—Me encantan tus padres, son súper simpáticos y tienen un buen rollo increíble.

—La verdad es que son muy buenas personas.

—Se les ve y cómo quieren a ese nieto. Están locos con él

—Más que a mí. Me robó el niño todo el protagonismo —levanté la ceja.

—El niño se gana a todo el mundo —sonrió.

Nos sentamos en el sofá y nos besamos, abrazamos y acariciamos, pero sin pasar a mayores. No quería dar la impresión de que buscaba eso, aunque la deseaba con todas mis fuerzas.

Pasamos la tarde charlando, tonteando, “soltando dardos”, pero feliz de estar el uno con el otro. Era increíble cómo pasaban las horas a su lado...

Por la noche la invité a cenar a un restaurante italiano, donde charlamos animadamente de lo que haríamos la noche de Fin de Año. Teníamos ganas de fiesta y nuestros amigos también.

Lo que sí le propuse es que después durmieran todos en mi casa ya que al día siguiente comeríamos allí y podía ser el punto de encuentro para salir y que dejaran sus ropas para

cambiarse cuando se levantaran.

Me pareció una propuesta divertida y no creía que pareciera para nada atrevida. Tampoco teníamos quince años y yo estaba demostrando ir “con pies de plomo”, en general.

La idea le pareció genial: camas había, espacio también, así que era una buena solución para no tener que moverse ellos tanto.

Tras la cena la acompañé a su casa, volvimos a quedar en hablar por mensajes, pero ya nos veríamos la noche de Fin de Año, ya que ella tenía que preparar unas cosas con su familia para la cena de ese día y aunque, faltaban cuatro días, cada uno tenía sus costumbres.

Me acosté pensando en que cada vez me sentía más cerca de ella, mejor, con más complicidad, con ganas de más.

Lola era una chica de bandera, currante, buena persona, simpática, sin prejuicios, con un corazón bondadoso... Tenía todo lo que había soñado en una mujer y encima era preciosa, el mejor regalo que podía haber recibido por Navidad.

Me abracé a la almohada y comencé a imaginar mi mundo con ella, con Nico, los tres juntos, como una familia, como todo lo que había siempre soñado y ahora estaba más cerca de tener. Porque ella aunaba todo lo anhelaba, lo que valoraba para tener una vida feliz junto a alguien especial, como era el caso.

Me volvió a costar coger el sueño. No paraba de pensar en todo. Era como si quisiera acelerar mi vida y verme en el comienzo de algo más estable que esos besos furtivos o encuentros por un rato. La quería para siempre, a mi lado a nuestro lado, en el día a día...

Por otra parte, sabía que no era bueno apretar el acelerador, así que procuraba relajarme, pero costaba...



# Capítulo 10



Esa mañana me puso un mensaje Alex. Quería pasar el día por la ciudad y pasear. Aquella semana no trabajaba, así que me proponía tapear y tomar unos vinos, cosa que acepté.

Me preparé y me fui a desayunar a casa de mis padres dispuesto a llevarme al niño conmigo y con Alex, pero me frenaron rápido y lo entendí.

—Hijo, nos vamos a casa de los tíos para hablar de lo de Fin de Año. El niño disfrutará mucho en el terreno, podrá jugar con los hijos de tu primo, déjamelos a mí.

—Vale—levanté las manos.

—Ya mañana vienes a por él...

—Está bien—arqueé la ceja mirando a Nico que estaba pasando las vacaciones entre mimos y más mimos. Él sonreía mirándome también.

Estuve un rato con ellos hasta que se fueron. En un momento dado, salí al encuentro de Alex que me esperaba con dos copas de vino y una cacerola de mejillones al limón.

Lo de Alex fue más brusco. Estaba enganchadísimo a Carmen, inclusive ya se habían acostado. La velocidad siempre fue con él, pero me parecía genial que ya hubieran intimado, eso que se llevaban.

—¿Y cómo fue? —pregunté— Bueno, tú ya me entiendes. No quiero que me cuentes los detalles, no soy un perverso—reí con ganas.

—Ya, ya imagino o “te meto así” —dijo, mientras hacía el gesto de darme una buena leche.

Parecía un cómico mi amigo. Con él, la diversión estaba siempre asegurada.

—Que no hombre, que me cuentes tus impresiones y eso, que nosotros vamos más retrasados...

—Pues ya te puedes imaginar: puros fuegos artificiales, Marc. Una química bestial mezclada con unas ganas infinitas. No había disfrutado nunca con nadie tanto en la cama. Al menos que yo recuerde...

—Eso es porque, aparte de gustarte...

—Estoy enamorado de ella “hasta las trancas”. Lo sé y hasta tengo ganas de chillarlo—dijo, de lo más contento...

—Bueno, pero mejor aquí no—añadí, con ganas de guasa...

—A ver Marc... No somos niños pequeños. Se rodeó y fuimos al lío, aunque desde ya te digo que fue sexo, pero con grandes dosis de pasión. Una mezcla extraordinaria, una auténtica pasada...

—Total, que ya habéis “abierto la veda...”

—Eso parece y no es por ponerte “los dientes largos” pero creo que hoy mismo repetiremos, en cuanto nos volvamos a ver. Es que es una atracción irrefrenable, no sé cómo explicarte...

—No hace falta que expliques nada, cenutrio. Yo siento la misma hacia Lola y sé que es compartida. Solo que en nuestro caso hemos ido un poco más lentos...

—Te entiendo, amigo. Nosotros, estamos formando una pareja, pero en el caso vuestro, una familia. Y eso hay que tratarlo todavía con más tacto. De todos modos, no vas a tener ningún problema...

—Sí, de hecho, estoy impresionado de la forma en la que trata a Nico. Parece adorarlo y mira que, en realidad, lo ha visto todavía poco. Es que, si fuera suyo de verdad, como ella bromea, no creo que lo hiciese mejor...

—Está claro que el niño también la tiene enamorada. Así que, ¡bingo!

—Amigo, vaya suerte de coincidencia la de aquella noche. Nos ha cambiado la vida por

completo, ¿no crees?

—¿Qué si lo creo? A mí me tiene totalmente “entortado” la jodida.

—Y a mí Lola...

—Yo no sé si es que nos han echado algo en la bebida o lo que sea, pero nos tienen “comiendo en sus manos...”

—Igual es que algo de brujillas tienen nuestras chicas, porque yo como buen gallego creo que “las meigas, haberlas...”

—Haylas— interrumpió Alex, asintiendo con la cabeza...

Y las nuestras debían ser de las buenas porque de otro modo era impensable que nos tuvieran así de enganchados a los dos. Si hasta empezamos a canturrear aquello de “No hago otra cosa que pensar en ti...”

A Alex le pareció estupendo eso de que, después de la fiesta de Fin de Año, nos fuéramos todos a mi casa. Realmente era donde íbamos a almorzar al día siguiente, así que mejor caer donde estaría la mesa que nos daría de comer.

—¡Es la monda! Los cuatro bajo el mismo techo...

—Sí, sí. Juntos, pero no revueltos—bromeé.

—Hombre eso por supuesto, que yo muero por intimidad con mi Carmen...

—¿”Tu Carmen”? ¡Quién te ha visto y quién te ve, amigo! A ti, que ninguna te parecía la apropiada...

—Pues ya ves. Aquí estoy dispuesto a lo que la señorita disponga, que me encanta complacerla...  
—dijo.

—Pues entonces, no se diga más. Mi casa será el “campamento base” esa noche que, por cierto, no veo la hora de que llegue...



—¿Y no puedes verla antes? Debes estar subiéndote por las paredes.

—Un poco, pero me ha indicado que anda de lo más atareada preparando temas de la cena con su familia y lo que menos he querido es parecer acaparador...

—Y has hecho bien. Por muchas ganas que uno tenga, a veces hay que contenerlas en pos de respetar y dejar espacio...

—Pues así es y, en unos días, solucionado—le dije.

Me estuvo contando que Carmen y él habían hablado de empezar algo poco a poco, de intentar saber si eso podía llegar a alguna parte. Vamos que iban a empezar un noviazgo, pero ellos lo dibujaban con frases disfrazadas por no decir algo tan sencillo como que les apetecía estar juntos.

—O sea que ya le estáis poniendo la “etiqueta” y todo. Me parece formidable amigo. Si no lo veo, no lo creo. Va todo de perlas entre vosotros...

—Y entre vosotros también y no te olvides que tú el treinta y uno triunfas...

—Sí, eso espero. Otra cosa es lo de comentarle algo más serio. Para eso igual espero algunos días más...

—Cada uno tiene que marcarse sus propios ritmos, amigo... Tú sin prisa, pero va a llegar. Con estas chicas, la cosa marcha...

Al fin y al cabo, era lo que yo quería con Lola, pero no habíamos hablado más allá de bromas. Ni siquiera habíamos intimado como ellos, pero yo deseaba lo mismo y era por lo que iba a luchar. Quería conquistar a Lola en todas las vertientes.

Alex era un tipo difícil de enamorar. Solía sacar faltas a todas, para un rato no, pero para algo más serio era muy selectivo. Por eso me sorprendía que con ella estuviera así, con esos pensamientos. Estaba claro que se había enamorado, ni más, ni menos.

Yo era diferente a él. Me costaba enamorarme. No era selectivo, simple cuestión de encontrar “algo” que tocara de golpe mi corazón y arrancara mi alma con solo una mirada.

Eso era justamente lo que me había pasado con Lola, a lo que tenía que añadir una personalidad que me encantaba y que su humor sacaba la mejor de mis sonrisas. Su forma de tratar a Nico, era ya el detonante para hacerle un “jaque mate” a mi corazón.

Estuvimos todo el día hablando de ellas, como dos tontos enamorados, a baba caída, fantaseando con mil momentos, viviendo el mismo instante, en la misma época y dentro del entorno ¿quién nos lo iba a decir?

Terminamos de bar en bar y con un vacilón increíble. Él quería llamar a Carmen en varias ocasiones y decirle que la quería, pero con ese tono no lo dejé ni de bromas, la iba a asustar, le tuve que quitar el teléfono y ponerlo con el mío a mi lado.

—“Aguanta el genio”, campeón, que como la llames así la vas a espantar...

—O a enamorar más, que nunca se sabe. Tenemos muy buen rollo y ella va “del mismo palo” que yo. Déjame que la llame, anda, no seas plasta...

—Mañana me lo agradecerás, anda, estate quietecito prenda y sigue contándome cosas, pero sin “dar el cante” de esa forma...

—Pues no voy a “dar el cante” pero sí que voy a cantar, mira tú por dónde—dijo, dejándome “con los ojos más abiertos que un búho” —Y allí, casi a voz en grito, empezó a cantar aquello de “Carmen, Carmen, voy a tener que emborracharme...”

—¿Más todavía? —le pregunté riendo.

Por la noche cenamos de camino a nuestras casas unas hamburguesas en un lugar de comida rápida. El haber ingerido tanto alcohol nos tenía hambrientos.

Alex no dejaba de hablar de su chica. Quería sorprenderla el día de los enamorados y llevarla a París a cenar frente a la Torre Eiffel, al menos decía reiteradamente eso, no sé si por los efectos del alcohol o porque lo sentía de verdad, pero lo afirmaba tan convencido que ya los podía imaginar en ese ámbito tan romántico.

Me reí al pensar que yo me veía cenando en la casa de Mickey en Disney, con Lola y el niño, eso era lo que más nos pegaba.

Alex me miraba sin entender mi risa y le expliqué mi pensamiento, se echó a reír también. Nico también era su pasión.

—Eso es lo que tiene ser papá.

—Claro, pero que también podría hacer algo así, siempre cuento con mis padres para que se queden unos días al niño —resoplé.

—Eso lo sé. Son los mejores abuelos del mundo, sin faltar a mis padres, pero la locura que tienen los tuyos con Nico es descomunal y el niño con ellos.

—Ya tengo asumido que los quiere más que a mí —reí.

—Son diferentes amores —volteó los ojos.

—Lo digo en broma, ¿faltaría más que estuviera celoso de ellos! Son “mis pies y mis manos” con el niño en aquellos momentos en los que debo o deseo ausentarme un rato...

—Lo tienes todo, tío. Bueno lo tenemos todo. Y más ahora que parece que hemos encontrado a nuestras “medias naranjas” y juntas... Esto va a ser muy divertido, prepárate “que vienen curvas...”

—Pues que vengan, amigo. Y todas las vueltas que dé la vida, yo quiero darlas con Lola...

—Y yo con mi “Carmen, Carmen...” y volvía a la carga. Pocas veces lo había visto tan gracioso.

—Estás “que te sales”, artista... Vaya repertorio de noche que llevamos...

—Es que la vida es para disfrutarla sorbo a sorbo, Marc. No hay que dejar para mañana lo que podamos disfrutar hoy, que nunca se sabe...

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, amigo. Cuando vea a Lola, me la como a besos...

—Y yo a mi “Carmen, Carmen...” —volvía a cantar, con la melopea que llevaba encima...

Terminamos de cenar y fuimos hasta su casa. Nos despedimos hasta la noche de Fin de Año en la que teníamos claro que íbamos a despedir el año de la forma más especial y deseada, junto a nuestras chicas.

Caminé hacia mi casa pensando lo bonito que sería formar una pareja nosotros y otra ellos. Sería como unirnos con nuestras propias amistades, eso podía ser una bomba de por vida, donde acumularíamos momentos buenísimos y se forjaría una fuerte amistad entre los cuatro.

Yo ya me estaba quedando loco. Pensaba en todo. Quería mi mundo con ella, además lo quería ya, era como desear llegar a algo y costarte la vida, pero no iba a parar hasta conseguir llegar a tocar la fibra sensible de Lola y atraerla a mí, para siempre a mi lado.

Mi almohada se estaba convirtiendo en mi mayor descarga de abrazos, lo hacía todas las noches. Me abrazaba a ella como si se me fuera la vida, como si se fuera a escapar. Imaginaba que era Lola y eso me reconfortaba.

Ya contaba las horas, los minutos, los segundos y los pocos días que faltaban para llegar al treinta y uno, ese día en el que nos volveríamos a encontrar y en la que esperaba que durmiera conmigo.

En la misma cama y abrazados, nos dejaríamos llevar por la fogosidad, por esos deseos contenidos, por esa tensión sensual que notaba que iba acrecentando en mi interior, pues la deseaba, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis ganas...

Mi cabeza era un reloj que solo pensaba en una cuenta atrás: la de las horas que restaban para verla y, afortunadamente, el tiempo jugaba a mi favor...

# Capítulo 11



Los siguientes días los pasé de la misma manera. Por la mañana desayunaba con mis padres y el niño. Luego me iba a pasear con él hasta la hora de la comida, que solíamos quedar en algún punto con mis padres.

Incluso algunas mañanas también se unían ellos y lo pasábamos fenomenal los cuatro, dando una vuelta, tomando algún tentempié y riendo las gracias del enano... También aprovechábamos para ultimar el tema regalos.

Por la tarde paseábamos otro poco y luego Nico se iba a casa de mis padres. Me abandonaba para dormir, pero eran las fiestas y no me importaba que tuviera ese capricho que tanto le gustaba.

No había un día que no me acordara de Lola, ni una hora, ni diez minutos, realmente siempre la tenía en mi cabeza...

Me había mensajado varias veces con ella y nos lanzábamos indirectas, bromeábamos y me buscaba diciéndome que la noche que se quedara en mi casa, ella dormiría en mi habitación y me mandaría al sofá.

Me encantaba ese descaro, esa forma de bromear y de buscarme la lengua. De sobra intuía yo que sus ganas eran parejas a las mías y aquello me volvía loco...

Nico estaba disfrutando mucho de los parques. Intentaba estar con él por lo menos dos horas en ellos. Luego lo llevaba a pasear, de compras y muchas cosas más en la que estaba disfrutando tanto como yo al verlo.

Mi madre estaba loca con Lola. No paraba de decirme que le había caído genial, que le gustaba mucho esa chica y que la veía como la que iba a compartir conmigo la vida. Cuando se ponía

profunda, lo hacía bien. Esa era mi Sofía, una gran mujer.

Estuve recorriendo la ciudad intentando conseguir una bici que salía en la tele y que se había puesto de moda. Con solo tres años, Nico tenía claro que quería esa, pero estaba agotada en todos sitios, la puta moda.

Por fin ya casi cuando iba a “tirar la toalla”, una tienda me ofrecía traerla en dos días, así que la aparté. Había tiempo suficiente. La necesitaba para el día de Reyes. Definitivamente pensé que era un tipo con suerte.

—Pero ¿está usted entonces totalmente seguro de que estará aquí para el día seis?

—O eso o usted y un puñado más de padres vienen y me apedrean el escaparate, así que por la cuenta que me trae—me dijo el amable dependiente, a quien se veía muy a gusto haciendo su trabajo.

—Le agradezco mucho. No es por exagerar, pero a los padres se nos va la vida en estas cosas. Quizás no deberíamos darle tanta importancia...

—No tiene nada que explicarme. Tengo cuatro hijos, dos chicos y dos chicas. Y, a lo largo de mi vida, he tenido que hacer muchas veces “el pino puente” para que tuvieran ese día justo lo que habían pedido...

—Y siempre merece la pena, ¿no es así?

—Siempre amigo, siempre... ¿Solo tiene a este tesoro?

—Sí. Solo a él...

—Pues cuídalo “como oro en paño” y disfrute de cada uno de sus momentos, porque día que se va, día que ya no vuelve y cada segundo vivido con ellos es un verdadero regalo...

Salí de la tienda pensando en las sabias palabras de aquel padre veterano y en lo mucho que me gustaba escuchar a las personas mayores.

En ese instante tuve que reírme recordando las ocurrencias de mi madre al respecto de la bici. Esa

misma mañana lo habíamos estado hablando.

—Mamá, no encuentro la bici que quiere Nico por ninguna parte. Me tiene ya “frito” el tema...— le dije.

—¿Pero tú has buscado bien, Marc? —me respondió ella...

—Que sí, mamá, que esto no es como cuando era un niño y no encontraba los calcetines y tú me decías aquello de “Marc, como tenga que ir yo...” —le recordé, sin poder parar de reír.

—Pues ya puedes buscar hasta debajo de las piedras, porque si esa es la que quiere mi nieto, la va a tener, como Sofía que me llamo... Aunque tenga que...

—“Mover Roma con Santiago” —dije antes de que acabara la frase.

—Mucho me conoces tú. Pues sí. Eso es justamente lo que iba a decir...

—Intentaré hacer todo lo posible, no te preocupes...

Estaban siendo las fiestas más felices de mi vida, aunque todas habían sido buenas. Mi familia era mi mayor bendición y la llegada de Nico fue ya el regalo más bonito que colmó nuestras vidas.

Sin embargo, la de ahora era una cuestión diferente, del corazón, desde otra perspectiva y sentir lo que sentía por ella hacía que me sintiera el hombre más afortunado del mundo.

Me preguntaba cómo me veía ella, si como alguien puntual o con perspectivas de futuro, aunque me daba miedo a descubrir la respuesta, debo reconocerlo.

Por otra parte, me parecía una mujer de lo más sensata y no tendría mucha lógica que incluso insistiera en relacionarse conmigo y demás, si me veía como alguien pasajero. Rezaba porque así fuera...

Esos días compré muchos regalos para Reyes. En mi familia éramos ese día muy exagerados, nos hacíamos muchos regalos. Era costumbre de toda la vida y ese año me desviví comprándole cosas a Lola. Me salía del corazón y todo me sabía a poco.

A esas alturas, le había comprado un perfume, un jersey, un colgante, un neceser, un pijama de Mickey en color rojo y blanco (colores que a ella le encantaban) y un estuche de maquillaje, además de un bolso que estaba pagando en ese momento mientras miraba a Nico jugando con la serpiente de madera que le compramos los anteriores días.

Por fin había llegado el día treinta y uno y teníamos la comida con la familia de mi padre, con mis tíos, sus mujeres e hijos. Lo celebraríamos todos juntos, como cada año, así que nos recogimos pronto para prepararnos.

El niño lloraba. Solo quería pijama, no había forma de vestirlo, así que le pusimos uno de mono y encima el abrigo, así lo llevaríamos a la cena.

Al ser en casa de uno de mis tíos, nos desplazaríamos hasta allí en dos coches pues luego yo me iría a dar el encuentro a mis amigos.

Estaba eufórico pues los pocos días que llevaba sin ver a Lola me estaban ya “sacando de mis casillas”. Hasta mi madre reparó en ello antes de salir:

La cena fue divertida, recordando momentos familiares, a personas que ya no estaban, pero todo de buen rollo, nada de tristeza y penas.

—Marc nos ha dicho un pajarito que andas muy bien acompañado últimamente. ¿Es eso verdad?  
—me preguntó mi tío Fernando.

—Pues muy cotilla tiene que ser ese parajito. Por lo que veo, “aquí el que no corre, vuela” —le respondí.

—Es que precisamente por eso es un pajarito—añadió, con gracia...

Y es que a mi tío Fernando nadie lo ganaba a salidas. ¡Menudito era! En cualquier caso, yo lo adoraba y era otro de los puntales de mi vida.

—Bueno. Igual algo de razón tiene el pajarito ese, pero poco a poco. No vamos a “vender la piel



del oso antes de cazarlo” — le dije, pensando en que ojalá pronto fuera oficial y viera a Lola sentada juntado a mí en todos los eventos familiares.

—Sabes que será bienvenida en esta casa. Quien quiera a mi sobrino, tiene un sitio en nuestra mesa y en nuestros corazones...

—Y quien quiera a vuestro sobrino-nieto—se apresuró a apuntillar a mi madre— Porque no sabéis lo bien que se lleva la chica con Nico.

—Bueno, bueno, tanto más para celebrar, entonces. Espero que el año que viene recordemos estas palabras con ella sentada a esta mesa. ¿Y cómo se llama ni nueva “sobrina”?

—Lola, se llama Lola, como la Flores, según sus propias palabras...

—Pues si tiene una parte de la gracia de aquella, tenemos la diversión asegurada—concluyó él.

A todo esto, vimos que Nico estaba haciendo aspavientos, con muchas ganas de meterse en la conversación. Y es que el pequeñajo se apuntaba “hasta a una ronda de aspirinas”.

—¿Qué quiere decir mi niño? —le preguntó mi madre, como si se le fuera la vida en ello.

—Que Lola es mi madre—soltó él con ese deje que nos hacía que todos nos tiráramos al suelo de risa.

—Pues si lo dice tu hijo, por algo será. Recuerda que los niños tienen muy buen ojo y en esta familia necesitamos más enanos de estos cobistas alegrándonos.... —contestó mi tío después de recuperarse de las carcajadas.

—Tío, no te embales, ¡menuda carrerilla has cogido! Yo con Nico voy servido y bien servido, por el momento—dije, pensando en que no se me había pasado por la mente la idea de tener más hijos.

—¿Y cuántos años dices que tiene la chica? —volvió él a la carga...

—Veintiocho—contesté.

—Pues tú espera chaval y ya me lo cuentas...

Yo solo miraba el reloj, estaba deseando que llegara la hora de encontrarme con ellos. Sobre todo, con Lola. Tenía ganas de tenerla cerca, mirarla con complicidad, ver su sonrisa, el brillo de sus ojos, lo necesitaba, era más que un capricho.

Nico estaba con el hijo de un primo mío que era de su edad, los dos se reían haciendo tonterías con la comida, pero se lo pasaban bomba. Se estaban poniendo como cochinos, manchado por todos lados, pero daba igual, estaban pasándolo de lujo y eso era lo que importaba, más allá de unas manchas que luego saldrían en la lavadora.

Mis padres babeaban mirando al pequeño. Era alucinante la pasión que tenían por él, parecía más su hijo que su nieto. Mis tíos se lo decían, es que era algo sublime.

Nico estaba todo el tiempo haciendo el payaso para llamar la atención, a esa edad quién no lo hacía, pero encima es que era gracioso. Me había salido de lo más completito.

Tras la cena me despedí de todos, tenía que ir a casa, dejar el coche e ir al encuentro con ellos ya que tomaríamos las uvas en la calle.

—Bueno hijo, pásalo bien y recuerda que no hace falta que bajes mañana temprano. Igual te acuestas a las mil hoy—dijo mi madre, mientras me atusaba un poco el pelo.

—Nos acostamos mamá, porque me parece que no te lo he comentado, pero los chicos se quedan a dormir en casa. El grupo completo.

—¿Lola incluida? —preguntó ella, aguantando la risa.

—Ella la primera mamá.

—Pues entonces sí que reitero lo dicho, olvídate del mundo y disfruta. Nico es nuestro en las siguientes horas. Tú dedícate a mimarla a ella, que nosotros haremos lo mismo con él—musitó, guiñándome un ojo...

—Ya has oído a tu madre y no se hable más—dijo mi padre, que era hombre de menos palabras, pero también estaba muy feliz con mis avances con quien ya había bautizado como “su nuera”.

Nico gritaba repetidamente que “adiós”. Era su salvoconducto para garantizarse el dormir una

noche más en casa de los abuelos.

Como siempre el pequeño levantó la mano a modo despedida riendo, parecía que lo hacía con maldad para buscarme. Me hacía reír, era descarado como la vida misma y le gustaba hurgar en la herida.

Llegué a mi casa y metí el coche en el garaje, subí a ponerme más cómodo, el pantalón que llevaba no me terminaba de convencer.

Me miré al espejo varias veces. Me estaba volviendo obsesivo con verme bien, pero quería ser el reflejo de lo que ella mirara y gustarle. Principalmente gustarle tanto como me gustaba ella a mí.

Luego me fui andando hacia donde había quedado con ellos. Las calles estaban de lo más concurridas, todos con vasos de plásticos y las uvas dentro, el ambiente de Fin de Año era palpable en cada rincón.

Comencé a recordar los días anteriores. Recreé mentalmente el primer beso con ella en la puerta de su casa y me preguntaba qué pasaría esa noche, con esa extraordinaria ilusión e incertidumbre propia de los comienzos de las relaciones.

Por mi parte, ojalá fuera eso que tanto deseaba, pero era consciente de que sería o no, según el estado en el que llegáramos, pues como pasáramos todos la noche bebiendo íbamos subir los escalones a cuatro patas.

# Capítulo 12



Llegué a la plaza donde habíamos quedado. Allí estaba Alex en el punto de encuentro, con las uvas y su mochila para dejarla luego en mi casa. Se nos había echado el tiempo encima y fue lo que decidimos entre todos. Primero las uvas y luego dejar las cosas antes de irnos de fiesta.

—Te juro que he terminado de la cena hasta los huevos —dije al verlo.

—¿Y eso?

—Lo mismo todos los años —reí.

—Como en todos lados — me dio un abrazo.

—¡Hola! — gritó Carmen acercándose.

Ahí estaban las dos y Lola preciosa, con un abrigo muy elegante por las rodillas, con unos tacones. Se le veían las medias así que llevaba un vestido corto y yo estaba deseando de verlo.

—¿Es una ilusión óptica o tengo ante mí a las dos mujeres más guapas de España? —dije, desbordante de felicidad.

—De España y de parte del extranjero—dijo ella, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras me daba un abrazo.

—No puedo estar más de acuerdo por una vez con lo dicho por mi amiga—dijo Carmen—Pero eso sí, que no sirva de precedente, esto ha sido “una vez y se la llevó el gato...”

—¿Hay uvas para mí? —pregunté como si no lo supiera.

—Hombre de poca fe. Aquí las tienes... —me las acercó Lola.

—Pero esto no vale, ¡no están peladas y tienen pepitas! —me quejé, guiñándole un ojo a Alex.

—¿Qué dice el “finolis” este? A ver si se ha creído que esto es “Teleuva a la carta” —soltó Carmen, en un arranque de los suyos...

—Es broma, es broma, lo advierto antes de llevarme un cate. Muchas gracias, chicas. Desde luego sois un amor, estáis en todo.

—Y tú un adulator nato—soltó Lola, mientras me daba un pellizquito en la cara y nos comíamos con las miradas...

Rápidamente llegó el “momento uvas”, así que las tomamos, saltamos, aplaudimos, abrimos una botella de champagne y brindamos por el nuevo año. Sobra decir que Lola y yo nos besamos, lo mismo que Carmen y Alex.

—¡Feliz Año, chicos! Y no podíamos haberlo comenzado mejor. ¡Por mil más así! —dije.

—¡Eso tirando por corto! —respondió Lola, guiñándome el ojo....

Desde allí nos fuimos a dejar las cosas a mi casa y tomarnos la primera copa... Teníamos toda la noche por delante y la perspectiva era más que halagüeña...

En el momento que se quitó el abrigo y la vi con ese precioso vestido negro, quise morir de amor, estaba preciosa.

—Ole y ole las mujeres bonitas y femeninas. Lola, tenías que haberme avisado de que acaban de abrir el cielo y han dejado escapar a un ángel.

—Te lo has currado, sí señor. Bonito piropo. Esto se merece un beso—dijo mientras se acercaba y me cogía la cara, derrochando amor.

—Entonces, ¿con que comida nos sorprenderás mañana? —preguntó Alex, un tanto inoportuno.

—Pues mira, no sé cómo se te ocurre ahora preguntar eso. Yo estoy hasta el cuello—respondí riendo — Pero te digo que compré un poco de marisco, hice un roti de pavo relleno y unas cuantas cosas más —sonreí con ironía.

—Vamos que te lo hizo tu madre —rio.

—Efectivamente, pero vamos que yo lo sé hacer —volteé los ojos.

—¿Y por qué no suben tus padres mañana a comer con nosotros? — preguntó Lola.

—Claro, estoy seguro de que se ponen también un pijama, son muy participativos —dijo Alex.

—Los avisaré mañana —sonreí. No se me había ocurrido, pero si todos estáis de acuerdo...

—Por mi perfecto—opinó Carmen.

—Y por mí, no tengo que decirte nada, amigo. Marc y Sofía son como de mi familia y compartir un rato con ellos siempre es un motivo de alegría—concluyó Alex.

Salíamos para irnos de fiesta cuando nos encontramos con ellos que entraban en ese momento en el edificio. Habían tomado las uvas con mis tíos y el pequeño iba en la sillita durmiendo.

Saludaron a todos sonrientes y empezaron las chicas a decir que subieran a la hora de la comida en pijama, que no se lo pensarán dos veces y que harían huelga de hambre si no aceptaban.

Me morí de la risa, igual que mis padres, que aceptaron y dijeron que irían a comer, agradeciendo de corazón su insistencia.

El pequeño abrió los ojos y nos miró a todos, sacó la mano y dijo “adiós” sonriente. Se volvió a dormir.

—Pero bueno, al final va a ser verdad que no quiere conmigo —resoplé.

—Claro, qué quieres hijo, está en su salsa con tu padre y conmigo, lo tenemos mimado perdido—dijo mi madre.

—Además, me fio más de vosotros que de este —bromeó Alex.

—Bueno, al final cobro, así que vamos. Mañana nos vemos en casa mamá —dije echando a todos del portal.

—Me encantan tus padres —dijo Lola agarrándose de mi brazo.

—Pues todo tuyos—bromeé sacando la lengua.

—Pues no sé qué harías sin ellos, Marc—volteó los ojos riendo.

—La verdad es que sí, no podría vivir con ellos, o sí, pero sería todo muy triste y diferente.

—Por cierto, el día de Reyes me tienes que hacer un hueco —carraspeó—le compré un montón de cosas a mi hijo —reía mirándome.

—Vaya, que suerte tiene Nico —dije animado.

—No saldrás mal parado —dejó caer.

—No quiero que gastes dinero —arqueé la ceja.

—Con mi dinero hago lo que me da la gana —dijo en tono triste.

Reí, me emocionaba que se hubiera acordado de nosotros, sobre todo de mi peque, eso decía mucho sobre ella.

Yo le había comprado un montón de cosas, pero en estos días le compraría seguro más. Todo me parecía poco para esa preciosa mujer.

Llegamos a la discoteca y compramos las entradas. El ambiente era de lo más animado. Además de que nos daban una bolsa con pitos, máscaras, papelillos, todo lo típico para vivir la noche.

—Esto que nos han dado, ¿cómo se llama Marc, que no me acuerdo? —me preguntó Alex.

—Matasuegras—dije, cayendo como un pardillo.

—Mira Lola, lo que ha dicho aquí el muchacho: “matasuegras”, ¿qué tienes que responder a eso?

—Que a mi suegra no me la toque nadie ni un pelo, que saco las uñas y que vosotros tenéis “las ideas de un atún” —sentenció, sin dudarle un segundo.

Estuvimos todo el tiempo bailando. Lola se movía de muerte y a mí me encantaban los bailes latinos, así que nos dejamos llevar entre besos, movimientos insinuantes y momentos divertidos con los chicos.

—No sabía yo que tenía a una artista del baile delante—dije, casi a voz en grito porque la música estaba un poco alta.

—Pues tú tampoco te mueves nada mal y eso me mola cantidad. Ya me lo habías dicho, pero tenía que comprobarlo con mis propios ojos—contestó ella.

—¿Y qué más te mola?

—Pues en general, todo lo que veo—casi chilló ella, causando mi risa.

No permitimos nada de chupitos. No era cuestión de rebujar y acabar con “una cogorza como un piano”. Queríamos también disfrutar del día, así que decidimos portarnos bien: unas cuantas copas, bailes y no ir a comer churros más tarde de las seis de la mañana.

—Desde luego, un día eres joven y al día siguiente piensas que prefieres tomar unos vinitos que trasnochar—dijo Alex, gastando la típica broma...

—No es eso, mequetrefe, es que no es cuestión de pasarnos media mañana notando un martillazo en las sienes cada vez que a uno se le ocurra abrir la boca—dije...

—Ya lo sé amigo. No tenemos ya necesidad de eso y además que no es plan de que estas preciosidades piensen que somos dos borrachuzos...

—Oye, oye, ¿Qué es eso de “sois”? En ese caso lo seríamos los cuatro, aunque no es el caso. Aquí vamos “todos a una como...”



—Fuenteovejuna—coreamos todos de forma sincronizada.

Desde luego que en pocos días habíamos hecho una “piña” fabuloso y ya se me hacía difícil pensar en nuestra vida sin aquellas magníficas chicas.

Carmen estaba en su salsa, de lo más divertida, Marcándose unos bailes como si no hubiera más nadie en el local, dejándose llevar por ese momento tan de subidón que llevaba en su cuerpo.

—Ole y ole que te mueves con más arte...—le dijo Alex, embobado...

—Venga, todos conmigo—decía ella, con alma de líder y animándonos a unirnos a su coreografía.

—El que no baile no come churros, como Carmen que me llamo...

Y yo me reía internamente pensando en la escenita de Alex cantando el “Carmen, Carmen...”, en medio de la calle. Desde luego, aquellos dos estaban hechos el uno para el otro.

Lola tenía un brillo en los ojos que me calaba en el alma. Era como si me estuvieran hablando continuamente. Recordó en varias ocasiones a Nico, eso me hacía sentir más lleno de ella.

Durante la noche se sucedieron los momentos en que nos mantuvimos la mirada y notamos cómo el grado de excitación subía más y más entre ambos.

—¿En qué piensas? —le pregunté durante uno de ellos...

—Pues en que tienes una boca muy besable—contestó ella, abalanzándose hacia mí y derritiéndome.

La noche fue mágica. Aparte de haberla pasado con personas increíbles, me divertí como hacía muchos fines de años que no lo hacía. Me sentía como un niño de quince años enamorado de su primera chica.

—Y ahora, ¿en qué piensas tú? —me preguntó ella.

—Pues en que esta es una de esas noches en las que quieres congelar el tiempo...

—Hombre, fresquito sí que hace, pero tanto para congelarla, no sé...—soltó ella, que era muy ocurrente y le encantaba decir la última palabra...

Sobre las seis nos fuimos a buscar esos churros a uno de tantos lugares que los servían por todos los rincones de la ciudad, con ese chocolate que invitaba a estar mojando continuamente. Y no iba con segundas.

Las chicas decían que se iban a duchar tal como llegaran y se pondrían sus cuquis pijamas, cosa que nosotros nos mirábamos riendo. Yo me había comprado uno para ese día, el pantalón de rayas blancas y rojas con la camiseta lisa en blanca, al final me iba a aficionar a ese tipo de fiestas.

—Como no os calléis ya, no respondo—dijo Alex—¿Veis el calor que desprende el chocolate? Pues no es nada al lado del que desprendo yo...

Nos hartamos de reír durante el desayuno, Carmen soltaba los disparates de tres en tres. Lola igual, pero en esta ocasión era la otra la que se estaba luciendo, estaba “que se salía del pellejo”.

Alex la miraba en todo momento de reojo y haciendo gestos de impresión. yo me moría de la risa y Lola se ponía las manos en la cara negando.

—Lo mejor es que estamos empuntadillos pero lúcidos—dije camino de casa. Hemos disfrutado de la noche y mañana lo haremos del día.

—¡Hombre claro! Que cuando una es madre, esas cosas tiene que mirarlas mucho. Mi niño es lo primero y el día uno es para él...

—¡Me cachis en la mar! Si te gusta más que yo—dije, encogiendo los hombros....

—Por ahí, por ahí anda la cosa—respondió ella, dándome un fuerte beso, a modo de recompensa.

—Si me va a dar este resultado, me hago el mártir más veces—dije, pensando en que había merecido la pena soltar aquella tontería.

Nos fuimos andando hacia mi casa. Lola iba agarrada a mi brazo, aferrada a él y yo me sentía de nuevo el hombre más afortunado del mundo. Su olor, sus caricias, sus abrazos, sus besos... Todo lo que procedía de ella, me venía como un soplo de frescura y vida.

Eso era todo lo que siempre había imaginado, pero nunca había encontrado. Una mujer que me hiciera sentir todas aquellas sensaciones que ahora ella conseguía.

Y de un modo de lo más natural y sin ningún artificio...

# Capítulo 13



Nos duchamos por turnos y nos tomamos un remedio que habíamos comprado para luchar contra esa resaca, que aunque no muy fuerte, aparecería y nos hicimos un café.

Me fui a la cama con Lola. Por fin había llegado el momento que tanto ansiaba o, mejor dicho, ahora ya podía afirmar sin temor a equivocarme, que ansiábamos.

Se metió en ella emocionada. Comenzamos a besarnos y la desnudé. Ella no opuso resistencia, todo lo contrario. Se dejó llevar por ese instante que tanto deseábamos los dos.

—Preciosa, no conozco tus preferencias, pero quiero que disfrutes al cien por cien, cualquier sugerencia será bienvenida...

—Tú solo deja que fluya Marc, que seguro que va fenomenal. Eres un cielo por decirlo, de todos modos...

Lo hicimos con mucha fogosidad. Ella le ponía mucha pasión y ganas y eso me encantaba.

Dos veces, y no lo hicimos tres, porque estábamos reventados “más cansados que la mula de Juan Valdés”, pero no por falta de ganas. No nos habíamos repuesto de uno cuando ya estábamos jugueteando de nuevo.

—¿Has estado a gusto, preciosa?

—Ha sido maravilloso, Marc. Mejor aún de como lo había imaginado. ¿Y tú?

—Yo creo que he “rozado el cielo con las manos” Lola, con eso te lo digo todo.

Nos quedamos dormidos abrazados. Puse la alarma del móvil para que sonara a la una en punto y la levanté a besos, nos fuimos a la cocina a desayunar algo rápido.

—¿Qué te apetece desayunar, bonita? Te preparo lo que quieras...

—Esto es un lujo, desayuno a la carta. Un tanto peligroso diría yo, podría acostumbrarme a tanto mimo...

Carmen y Alex seguían en la habitación de invitados. Lo cierto es que en la casa reinaba un silencio absoluto, por lo que pensamos que lo más probable es que siguieran dormidos como troncos.

—Chicos, “toque de diana”. Mis padres no tardarán en llegar y con ellos, el “huracán Nico”. ¡Todos a sus puestos! —dije, divertido...

—Ya vamos, ya vamos... Huy, ¡anda que no se nota que eres padre! Disciplina férrea, no le dejan a uno ni dormir en esta casa —se quejó Alex, desde el interior de la habitación.

—No refunfuñes tanto, anda, que esta mañana no tenías ganas de dormir ni de nada que se le pareciera, a juzgar por los ruiditos— dije, con ganas de escucharlo...

—Seguro que no eres un pervertido, ¿no? Porque muy pendiente de mis cosas te noto yo—dijo para dejarlo en tablas...

Efectivamente, mis padres no tardaron en subir con Nico. El enano era la leche y, en vez de correr a mis brazos, lo hizo a los de Lola, llamándola “mamá”, produciendo la risa de todos y a ella dejándola con la baba caída.

—Vivir para ver, hijo—soltó mi padre. Si esto no es una señal, que venga Dios y lo vea. Y nuevas risas de todos.

Ellos habían subido con unos pijamas de pantalón azul y por arriba de pelo blanco y en el centro un ciervo. Hasta para eso eran tremendos, como dos niños pequeños entre quienes la ilusión y el amor no pasaba de largo, sino todo lo contrario, se acrecentaba a lo largo del tiempo.

—¡Ole el arte de mi suegris y de sus pijamas! —dijo Lola, demostrando que ya no quedaba en ella ni un ápice del corte que había sentido el primer día.

—Eres un amor, hija—añadió mi madre. Vaya si ha sido una suerte conocerte. Bueno, y a tu amiga también, por supuesto. Con respecto a Alex este es...

—Como uno más de la familia, ¿verdad Sofia? Si es que ya se lo contaba a las chicas, que un día de estos construyo otro piso y me vengo a este edificio a vivir con vosotros—dijo, soltando uno de sus habituales disparates.

—Cuando quieras, hijo. Siempre eres bienvenido—dijo Sofia.

—Anda, pues si este listillo se viene, yo también—soltó Lola, que ya se estaba desmelenando...

—Y yo no voy a ser menos—dijo Carmen, que también se iba ambientando...

—No, si al final esto va a ser una comuna hippie, lo veo venir—dije, viendo el panorama.

—Bueno, nosotros no es que hayamos sido nunca demasiado convencionales, así que “aceptamos como pulpo como animal de compañía” —remató mi madre.

Nico no paraba de liarla. Tiró el zumo, lanzó un langostino a la frente del abuelo, llamaba a Lola “mamá” y ahí nos tenía rondando alrededor de él, el rey de la mesa.

—Nico, hijo, como no te estés un poquito quieto, te la vas a cargar—le dije.

—“A cagar, a cagar” —repetía él, a su modo....

—“A cagar” no, Nico, a “cargar” —dije, mientras él no paraba de reír. Estaba hecho un bicho de cuidado...

Alex le había comprado un regalo y se lo dio. Al descubrir ese coche de bomberos comenzó a aplaudir emocionado. Le encantaba todo tipo de autos y sobre todo si eran de ese estilo o de policías.

—¿Qué se dice, Nico? —pregunté, intentando recordarle que las cosas había que agradecerlas...

—“Asias” tito Alex—dijo en un tono que era para comérselo...

—Pues cómetelo ahora que puedes que a lo mejor luego te arrepientes de no haberlo hecho—me dijo Alex, en su tono sarcástico de siempre...

—Si no te comieron a ti zoquete, y no ha pasado nada, todavía hay esperanza...—dije, con tono de resignación.

Carmen se traía unas charlas con las chicas que los hombres nos mirábamos sonriendo.

Mi madre tenía mucha complicidad con ellas, pero con Lola tenía algo especial. Le encantaba ver como mimaba y tratada a Nico, con esas cosas se la había ganado de lleno, justamente lo que me había pasado a mí.

—Lola, ¿te has fijado en que parece que ha dado un estirón? —le dijo, como si se conocieran de toda la vida.

—Sí que parece que está más altito, ¿es que le dais dos petit suisses o que “crece por las noches como los pepinos”? —respondió, provocando las risas de todos...

—Hija, no es ya las cosas que dices, sino cómo las dices. Eres muy natural y eso en esta familia gusta—comentó mi padre, que también estaba embelesado con ella.

Muy en su línea, mis padres habían subido mucha comida y postres, así que nos pusimos hasta las cejas de comer, mientras charlábamos y contábamos anécdotas de nuestras vidas.

—¿Marc era como Nico de pequeño? —le preguntó Lola a mi madre, activando el modo cotilla...

—¡Tú lo has querido! No has medido las consecuencias y le has dado cuerda. Te va a contar hasta mi primera papilla—dije, poniéndome las manos en la cara.

—Hombres... No hagas caso, hija, que yo te cuento. Bueno, Marc era también muy gracioso, pero...

—Ahora viene el “pero”. No tanto como Nico, va a decir—interrumpí con ganas de darle caña a mi madre...

—No seas trasto, calla—decía Lola, que estaba entusiasmada escuchándola.

Desde luego que aquello era un cuadro familiar y lo habíamos conseguido en un tiempo récord...

—Bueno sí, pues que Marc también hacía muchas gracias, pero era algo más seriecito. Nico es más alocado, tiene “más salidas que un torero...”

—En eso sale a su abuelo—dijo mi padre que observaba también la estampa, muy participativo— Qué se le va a hacer, lo lleva en los genes. Y lo soltó con tal pasmosidad, que hasta estuvo a punto de convencernos...

Pasamos toda la tarde allí. A una cierta hora mis padres se marcharon con Nico, como no, que rápidamente se enganchó a sus manos al verlos levantar, causando una risa en todos y en mí una cara de enfado que a él le hacía mucha gracia.

—Te vas con los abuelos no vaya a ser que te dejen con tu padre, ¿no, gamberro?

—“Shi” —contestó el, sin vacilar.

—Y con su madre, y con su madre—añadió Lola, tomando cartas en el asunto.

Tras irse mis padres y Nico, nos quedamos charlando. Había quedado comida para un ejército así que la cenaríamos todos juntos.

Carmen y Alex gastaban las mismas miradas que yo Lola y yo. Se notaba la atracción creciente, el buen rollo, la armonía, aparte de esos momentos en los que se buscaban la lengua, pero nunca “llegaba la sangre al río”.

Nos despedimos después de la cena. Lola se iba unos días antes de Reyes a casa de una tía, así que quedamos en vernos en esa fecha tan especial en mi casa para comer y compartir los regalos.

El resto de los días, la eché mucho de menos pero no parábamos de mensajearnos.



En su ausencia le compré un montón de regalos que fui viendo cuando paseaba con el pequeño por la ciudad y lo llevaba a parques, además de hacer las últimas compras, esas que nunca acababan.

Algunos momentos me llamaba Lola y me quitaba el teléfono Nico. Yo ponía el altavoz y escuchaba esas conversaciones tan animadas que tenían los dos. Tenía que reconocer que la capacidad de ella para hacer reír al pequeño era tremenda, me encantaba verlos tan cómplices.

—Mamá, ¿dónde estás?

—Estoy un poquito lejos, pero con muchas ganas de verte y le he escrito a los Reyes una carta en nombre de Nico. Van a dejar muchos regalitos para ti en mi casa. ¿Quieres que te los lleve?

—“Shi” —decía él, más feliz que una perdiz.

—Pues ese día te los llevo mi niño. No te preocupes que voy a ir cargadita...

Nico seguía durmiendo con los abuelos. Ya sabía yo que la vuelta a la realidad le iba a costar muchos berrinches, pero se tenía que adaptar. Una cosa eran las fiestas, las vacaciones y otra era la rutina, esa que siempre debería prevalecer para llevar una vida en orden y para eso era yo muy estricto, sobre todo con los horarios para dormir, comidas, baños y demás.

Había dado un estirón y todos por la calle me lo decían. Ya apuntaba maneras de que iba a ser alto y muy guapo. Tenía una cara que quitaba el sentido. A mí por lo menos me tenía enamorado.

Pasear con él era precioso, divertido, entretenido y lleno de momentos de esos que no se olvidan, aún seguía pidiendo clemencia para la cabra que había colgada del árbol, cada vez que pasábamos por ahí la miraba señalando para que yo la bajara. ¿O era un ciervo? Yo ya ni veía...

Tenía la casa llena de regalos para mis padres, Lola y para el pequeño. Todos preparados con mucho cariño, tanto por las tiendas como por mí.

Me encantaban esos días de fiesta y en cierto modo me daba pena que se acabasen, Se palpaba tanta magia que se hacía corto todo, pero este año había sido más increíble que nunca, más especial, más fuera del alcance de todo lo que hubiera podido imaginar y la culpable de todo tenía un nombre: Lola, mi Lola.

Esa noche me acosté nervioso, por fin al día siguiente la vería, además de comprobar la cara de Nico descubriendo todos sus regalos. Aquello no tenía precio, era algo que sabía que iba a ser inolvidable. Quería grabarle videos y hacerle muchas fotos para mantenerlas en el recuerdo y que él las viera cuando fuera mayor.

Dejé todo lo de mis padres y el niño colocado bajo el árbol. Lo de Lola en lo alto de la mesa del salón a modo de exposición. Ella llegaría más tarde, así que por la mañana sería el momento familiar y por la tarde el de los dos.

Me acosté emocionado contando las horas que faltaban para verla, para abrazarla, besarla, ilusionarla con los regalos. Tenía tantas ganas que el estómago se me hizo un nudo.

Hice un recorrido mental desde que la conocí y concluí que había sido todo muy rápido, una maravilla del universo que había conspirado para que así sucediera y nuestros caminos se encontraran.

# Capítulo 14



Y llegó el día de Reyes...

Bajé a casa de mis padres antes de que el pequeño se despertara. Era lo acordado y moría porque llegara ese momento.

Lo típico era desayunar todos con el roscón de Reyes en el salón ante los regalos, luego abrirlos, pero claro, fue despertar Nico, entrar en él y ver todo lo suyo, que era la mayor parte, y ponerse a chilar emocionado con las manos en la boca. No sabía para dónde tirar.

—Cariño, ¿qué es lo que te gusta más? —preguntaba el abuelo.

—Espera papá, que voy por el babero—le dije...

—¿Qué babero ni que “ocho cuartos”? Que el niño ya es muy grande y ahora no va a comer...

—Si no es para él, es para ti—le dije, a sabiendas de que lo iba a escuchar durante un rato. Era uno de mis pasatiempos favoritos...

—Tira anda, ¿no tienes que hablar con Lola ni nada? Déjame que estamos viviendo un momento muy especial mi nieto y yo. Si es que “la sangre tira...”

Yo no sabía si lo hacía aposta o le salía tal cual, “sin anestesia” pero mi madre y yo nos miramos con complicidad y empezamos a carcajear.

Ese año ya entendía más que los anteriores, así que la emoción que sentía la transmitía por segundos. Lo tocaba todo, nos lo enseñaba feliz y no quería ni tomar su imperdonable biberón.

—“Ete me guzta ´maz, abuelo” —decía, señalando a su nuevo y flamante coche de policía.

—Pues con ese va a jugar el abuelo todos los días contigo, mi niño...

—No sé cuál de los dos es más pequeño, pero me inspira mucha ternura verlos juntos. Bendito el día que tomaste la generosa decisión de adoptarlo hijo—dijo mi madre, emocionada, mientras me daba un beso en la frente.

—Ya verás cuando se dé cuenta de que el Roscón está relleno de trufas. Tu padre ha ido a recogerlo temprano como un clavo para que le dieran uno recién hecho para el niño...

—Ni en mil vidas que viviera podría pagaros el amor que derrocháis hacia él—dije.

—Y no tienes que agradecer absolutamente nada. Ni en esta ni en ninguna. Todo lo hacemos de corazón. Se ha convertido en el motor de nuestras vidas, junto contigo...

La palabra que venía al pelo era “mágico”. Todo para Nico lo era y para nosotros también, que disfrutábamos cada segundo de la felicidad que embargaba a nuestro pequeño.

Mis padres me dieron los regalos, cómo no, pijamas, perfumes, zapatos, deportivas, ropa, un reloj de *Lotus* y un sinfín de cosas. Todo lo que habían podido arrasar durante esos días, además de unos libros, eso nunca fallaba.

—Espero que te guste el reloj Marc. Me han dicho que es un último modelo de esos que tienen lista de espera, prácticamente. Nosotros “por si las moscas”, nos hicimos con él hace ya un tiempo.

—Tú siempre tan precavido, papá, ¡cuántas cosas tengo todavía que aprender de ti!

—Gracias hijo, pero tú también me has enseñado muchas desde que viniste al mundo. Y ahora es Nico quien comienza a hacerlo. No podría haber imaginado una familia mejor ni en mis mejores sueños....

Luego subimos a mi casa y Nico alucinó al entrar. Ese día estaba que no cabía en sí con tantos juguetes por todos lados.

—¿Te gustan los regalitos que han dejado los Reyes en casa de Nico y de papá, cariño? —le dije, mientras saltaba y brincaba....

—“Shi, te quiero papá” —soltó mientras me echaba los brazos y me hacía comprender que cuanto hiciera por él merecería siempre la pena.

Le entregué los regalos a mis padres y se emocionaron con cada uno de ellos. Yo había tampoco escatimado en gastos, al igual que ellos en nosotros. Eran los mejores padres, los mejores abuelos y se merecían “la crème de la crème”.

Mis padres ese día habían quedado con unos amigos, así que me quedé con el pequeño pues Lola lo quería ver y darle sus regalos.

—¿Estaréis bien, Marc? Si necesitas que volvamos antes, para quedarnos con Nico o lo que seas no tienes más que llamarnos...

—Un millón de gracias, mamá, pero vamos a estar “de película”. Ya habéis trabajado bastante para organizar unas fiestas de ensueño, como siempre. Hoy toca que os olvidéis y que os divirtáis.

Preparé la comida y Lola no tardó en llegar llena de bolsas. Impresionante la cantidad que traía. La abracé emocionado al verlo y el pequeño exclamó un ¡”mamá”!

Nos echamos a reír y ella se lo comió a besos...

—Hace unos días hubiera dicho que eras una Mamá Noel de sobresaliente, pero hoy, ¿qué eres? ¿Una Reina Maga? Porque a mí me tienes hipnotizado...

—Ponme el nombre que quieras. La cuestión es que “nuestro niño” no olvide este día...

—Bueno, es muy pequeño... No sé hasta qué punto podrá retener...

—Pues por si acaso... Lo ideal es que tenga unos primeros recuerdos preciosos...

—Si tú estás en ellos, ni lo dudes...

Comenzó a darle los paquetes antes de comer. La impaciencia del peque no era para hacerlo

esperar. Se había desvivido en buenos regalos cosa que me emocionó muchísimo, era como si viera en ella esa madre que quizás Nico comenzaba a necesitar de cierto modo.

—¿Cuál te gusta más Nico? ¿Te parece si ahora abrimos este? ¿Jugamos con el otro? ¿Saltamos con el de más allá?

Nico estaba acaparado y viviendo un día increíble junto a todos aquellos que deseábamos hacer de aquella jornada un acontecimiento familiar, emotivo y especial...

—Lo tienes loco de amor. Hasta les hablé a mis tíos de ti en la cena de Nochevieja...

—Si es que es un primor mi niño y quiere mucho a su madre, que para eso es “quien lo trajo al mundo” —dijo ella, sin pensarlo tampoco ni por un segundo...

—O yo estoy loco o los locos sois vosotros—dije, tapándome la cara—¡Otra como mi padre!

—Y que más dan las tonterías que digamos siempre y cuando nos hagan felices, ¿no te parece?

—Pues también tienes razón. Ven aquí que te abrace y ¡ole “la madre que lo parió” y “el padre que lo hizo”!

Almorzamos escuchando al peque. Hablaba de todos los juguetes y estaba emocionadísimo, deseando terminar de comer para echarle mano a todo.

—Nico ya ha “terminado” —decía como pidiendo permiso para levantarse de la mesa.

—No has tomado postre, vida....

—Nico no tiene más “hambe...”

Me resultaba divertidísimo que hablara de él en tercera persona y lo hacía en muchas ocasiones, sobre todo en las que quería remarcar algo...

Tras el almuerzo nos sentamos en el sofá y la puse junto a la otra mesa donde estaban todos sus regalos, se emocionaba con cada uno de ellos, negaba culpándome por haberme pasado y haberle comprado tanto, pero se lo merecía. Mi chica lo merecía todo, no era el poco tiempo que llevaba

a mi lado, era todo lo que me había aportado en tan pocos días.

—¡Te has colado, Marc! No hacía falta tanto, pero me gustan muchísimo, ¡no sabría con cuál quedarme!

—Pues entonces estás de suerte porque no tienes que elegir nada. Son todos para ti, del primero al último y espero que los disfrutes como tú sabes...

Luego me dio ella los suyos. Me emocioné mucho al descubrirlo. Era impresionante la forma que tenía de sorprender.

Me había comprado un jersey de una de las marcas que yo usaba, un pijama tipo de los que me resultaban cómodos, un bolígrafo precioso, un libro (pues sabía que me encantaba leer).

—Oye, ¿tú me has puesto un detective privado o es que eres un poco brujilla? Porque no podías haber acertado más con mis gustos...

—Bueno igual hay más de lo segundo que de lo primero...

El colofón lo puso un álbum digital de *Hoffman*, de todos los días y momentos vividos esas fiestas, en los que por supuesto entraban nuestros amigos y mi hijo. Me emocionó mucho con el cariño que estaba hecho y las frases tan bonitas que ponía en cada página. El pequeño lo veía también con inusitado interés.

—Ahora sí que me has dejado sin palabras. Te prometo que nunca había recibido un obsequio que me impactara tanto... Pese a ello te diré eso de que “no es el regalo, son las manos que lo dan...”

—Pues estas manos lo han hecho con todo el cariño del mundo...

—Eso se refleja en todos y cada uno de los detalles, Lola. El cariño y el esmero es algo que no puede ni debe disimularse...

Estábamos de lo más cómodos los tres. Nos colocamos el pijama que nos habíamos regalado el uno al otro, además de uno que le compró al pequeño. Esa noche se iba a quedar a dormir, yo se lo había pedido el día anterior por mensaje.

Era mi novia, la sentía así, sin haber habido necesidad de pedirle nada, pero había algo que nos

había unido y era muy difícil de separar...

Pasamos toda la tarde juntos y por la noche vinieron mis padres a por el pequeño. Cenaron con nosotros, luego se fueron y nos dejaron solos. Era justo lo que necesitaba, tenerla conmigo, abrazarla y sentirla.

Ella me miraba con ojos de amor. Eso no podía ser otra cosa, además no era lo que decía, era lo que me hacía sentir. La forma de repetirme mil veces que me había echado de menos mientras me comía a besos, denotaba sinceridad, eso que me demostraba y no podía ser otra cosa.

La amaba, le pedí que no me dejara nunca y ella me abrazó tan fuerte que me contestó con eso, no hizo falta más.

Esa noche estuvimos hasta altas horas hablando de lo que había comenzado entre nosotros. Los dos teníamos claro que queríamos seguir viviendo esa historia y conseguir construir un mundo juntos, con Nico, por supuesto, ese que no dejaba de mencionar.

Era lo que más me gustaba de ella, hablaba de los tres, no de nosotros...

—A partir de ahora vamos a hacer mil cosas juntos, los tres... Bueno los cinco, que mis suegras también vienen en el pack y...

—¿Te he dicho alguna vez que eres un amor, Lola? Porque si no lo he hecho, ya es hora— interrumpí, mientras la miraba embelesado...

—Soy... ¡del montón! —dijo ella.

—Del montón de las que están al siguiente nivel, ¿no?

—Esos son los ojos con los que tú me miras, cielo. Que, por cierto, no puedes tener una mirada más bonita...

—Ni la mitad que la tuya, mi niña...

Tenía la sensación de que la vida me la había puesto justo en el momento oportuno, cuando mi relación con Nico como padre estaba de lo más fortalecida.



Realmente lo estuvo desde la primera vez que lo abracé, aunque ser padre no es tarea fácil, pero todos mis miedos desaparecieron con el día a día, con esa unión tan grande que nada y nadie podría separar, era una parte de mí que habitaba fuera de mi cuerpo, así lo sentía yo.

Ella era una persona con carácter, pero con una honestidad increíble, de esas que gustan escuchar, que habla como siente, pero sin hacer daño a nadie, con su verdad y su forma de ver las cosas.

Volvimos a hacerlo con pasión, con ganas, nos habíamos echado de menos y eso se notaba en ese momento en el que estábamos ahí, desnudos, entregándonos el uno al otro, como abriendo ese regalo que esas fiestas había puesto en nuestras manos y que ahora teníamos que mantener vivo.

Yo tenía claro que la quería, a nuestro lado, en nuestra vida, como parte de nuestra familia, como parte de todo aquello que era mucho más que unos lazos familiares, que fuera nuestro todo, nuestra alegría, nuestro arropo en las penas, como nosotros para ella...

Y parecía que también por su parte quería y deseaba que fuera así, me lo dijo ese día varias veces, que ya éramos parte de su vida...

# Epílogo



Habían pasado cinco años de aquellas Navidades en las que conocimos a Lola en aquel parque.

Ahora Nico tenía ocho años y estaba hecho todo un hombrecito. Iba tirando de la sillita de su hermano Matías, un precioso niño de tres años, fruto de nuestro amor.

—Nico, ¿te las apañas bien con la sillita del hermano?

—Perfectamente, mamá, “cojo las curvas con ella como si fuera sobre raíles...”

—¿No lo dirás en serio?

—Ya sabes que no. Yo cuido de Matías y así mientras vosotros podéis ir de la manita y esas cosas que os gustan a los mayores...

Razón no le faltaba. Yo llevaba a Lola de la mano esa víspera de Navidad, paseando por la ciudad con nuestros hijos, esos respecto a los cuales ella no manifestaba diferencia alguna y a los que trataba con el mismo amor, pero puestos a ser justos y honestos... el vínculo que tenía con Nico era mucho mayor.

Nico tenía los mismos apellidos que su hermano. Lola lo adoptó como su hijo, fue el mayor gesto de amor que había visto en mi vida.

Eso sucedió después de nuestra boda, dos años después de conocernos, aunque el primer verano que pasamos juntos ya vivía con nosotros.

Lola trabajaba en la editorial desde casa y se había encargado a tope de los niños, aunque yo también contribuía mucho, pero ella se había desvivido tanto por Nico como por Matías.

La vida nos sonreía. Además, eran días de esas fiestas que tanto nos gustaban, donde paseábamos, comprábamos regalos, disfrutábamos en parques y hacíamos todo lo que en esas fechas se estilaba para vivir la Navidad.

Por su parte, Alex y Lola también se habían casado y tenían una hija de dos años llamada Micaela, nuestra ahijada, como Matías era de ellos.

Quedábamos todos los fines de semana, los sábados, para comer por ahí. Gracias a ello, los niños disfrutaban jugando y nosotros teníamos nuestro momento de charlas y copas.

Mis padres estaban locos con sus dos nietos y la verdad que seguían en la línea de, en las fiestas robarnos a los niños por la noche, cosa que nos parecía genial pues nos daba la oportunidad de disfrutar los dos un poco de aquello que seguíamos sintiendo de una manera más brutal, increíble pero cierto.

Mi relación con ella florecía cada día. No le faltaban detalles ni a mí tampoco. Nos llevábamos genial, teníamos algo muy bonito que se fortalecía con el paso de los días.

Los niños eran muy felices con mis padres y los suyos, esos que acogieron a Nico como un nieto más y al que adoraban.

Lola tenía mucha paciencia. El caso es que yo creía que no me faltaba, pero ella hacía gala de más, primordialmente con el tema de los niños cuando la liaban.

Y es que, a quién vamos a engañar, aquellos bribones la liaban y mucho. Desde colorear una pared recién pintada, “tuneándola” a su gusto, hasta subirse al lavabo y dejar el agua correr hasta que nos llegara por los tobillos...

Por mucho que alborotaran, éramos felices con la familia que habíamos construido, esa con sus cosas buenas y malas, pues hay momentos para todo, pero siempre unidos como la “piña” que desde el principio fuimos.

Nico protegía a su hermano como si fuera el mayor de los deseos, incluso en aquellos casos en los que cobraba por parte del pequeño Matías que cuando perdía los nervios tiraba el juguete sin mirar en la cabeza de quién podía aterrizar...

—Da gusto ver cómo cuida de él, ¿verdad? —pregunté.

—Matías no podría estar en mejores manos. Nico lo adora y ha ganado mucho en responsabilidad desde que es “el mayor”.

—Y por fin nos hemos librado de la dichosa preguntita...

—De cuándo iba a tener un hermanito, sí...

—Es que lo preguntaba...

—Día sí y día también y como unas veinte veces...

—¿Y te acuerdas de cómo se acercaba a tu barriguita a hablarle? Decía que le escuchaba y no andaba desencaminado...

—¡Y tanto que no! No se me olvidará en la vida esa risita de Matías, recién nacido, cuando reconoció por primera vez la voz de su hermano...

—Si es que hasta le cantaba...

—Y ahora cantan juntos... ¡Menudos conciertos que nos dan!

—Dan mucha lata, pero son nuestra vida. No seríamos lo que somos sin ellos, ¿a qué no?

—Ni nada parecido, cielo...

—No costó nada...

—Crecimos a la vez como pareja y como familia. Fue todo un increíble proceso en el que la ilusión primaba y los días se sucedían en un acoplamiento de lo más sencillo...

—¿Así que no te has arrepentido nunca de aquel encuentro en el parque?

—No pasa un solo día en el que no se lo agradezca al universo...

—Y por eso cada vez estoy más enamorado de ti... ¿Sabes esas mariposas que dicen que solo se sienten al comienzo?

—Sí.

—Pues yo digo que a la mierda esa teoría. Todavía me sigo emocionando cuando acaban las clases y puedo salir disparado para verte. Y todas las ocasiones en las que podemos disfrutar de nuestra intimidad...

—Gracias a esos “pedazo” de abuelos... Que sin ellos nada de esto habría sido lo mismo...

—Que tienen el cielo ganado, desde luego...

—No pudimos tener mejor ejemplo. Si lo hacemos entre nosotros y con los niños, la mitad de bien que ellos lo hicieron, me doy por satisfecha...

—Y yo también... Total, que no hace falta que te pregunte si te volverías a casar conmigo, ¿no?

—¿Si las cartas se jugaran dos veces? Me casaría contigo una y quinientas, mi vida y es más...

—¿Es más? No entiendo...

—Cuando celebremos nuestras bodas de plata nos volveremos a casar y a unir a nuestras familias en una fiesta sin fin...

—Ya estaba en mi mente... Y, si te vuelves a poner un vestido como aquel, dará igual los años que hayan pasado, yo volveré a derramar las mismas lágrimas mientras repetimos el “sí quiero...”

—Que así sea, Marc.

—Así será, mi preciosa Lola...

Eso era la felicidad: aquellos momentos familiares en los que el amor y el respeto prevalecían sobre todo...